

SERVICIO
SECRETO

SS

CHICAS Y BALAS

Albert Rosbund



SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS



E. CORTI HA

CHICAS Y BALAS

SS Nº 1532

Autor: Albert Rosbund

ISBN: 9788402025135

Generado con: QualityEbook v0.78

CAPÍTULO PRIMERO

LLEGUÉ a las pistas universitarias por la mañana, bien temprano. El sol aparecía débilmente en el firmamento, limpio de nubes. Un grupo de muchachas corrían por el recinto exterior, mientras tres chicos saltaban altura en uno de los extremos. Me fijé bien en la mujer que comandaba el grupo de muchachas. Era Sylvia Thompson.

Me había llamado la noche anterior:

—Quiero contratarle, señor Ryan. Nos podemos ver mañana, a las nueve y media, en las pistas universitarias.

Ella era profesora de atletismo femenino. Contaba treinta y seis años de edad y, por supuesto, se encontraba en perfecta forma física.

Me hizo una seña con la mano, nada más verme, y al momento se separó del grupo que dirigía para encaminarse a paso gimnástico hacia mí.

—Buenos días, señor Ryan.

—¿Qué hay de nuevo?

Su respiración estaba algo agitada y su pecho subía y bajaba con un ritmo vertiginoso. Poseía una larga melena negra, unos ojos oscuros y una boca grande y devoradora, muy roja.

—Se trata de mi hija —me dijo, mirando hacia el grupo de muchachas, vigilando que continuaran la marcha.

—¿Laura? —fruncí el entrecejo—. ¿Qué ocurre?

—Desde hace dos días no sé nada de ella —giró el rostro y me encaró—. Tiene que encontrarla, señor Ryan.

—Así que otra vez esa chica, ¿eh? —gruñí con algo de desgana.

Tenía que habérmelo figurado.

Yo había conocido a Sylvia Thompson un año atrás, cuando apareció por mi despacho solicitando mis servicios para buscar a su díscola y rebelde hija, Laura. Pero antes la encontró la policía, en una redada de drogadictos, y mi trabajo sólo consistió en consolar a la abatida madre mientras su hija permanecía en una clínica de desintoxicación. De todas formas, nuestra relación no pasó de la simple amistad.

—¿Lo hará, señor Ryan?

—No quedé muy bien la otra vez —musité.

—Tuvo mala suerte, ya sabe que yo fui la primera en reconocerlo. ¡Qué más hubiera querido que la hallara usted!, pero al segundo día de haber iniciado su trabajo, la policía la encontró de carambola. Detuvieron a una pandilla de jóvenes que se dedicaban a drogarse y promiscuirse.

—Lo recuerdo, sí.

—Ahora nuevamente no sé nada de ella y temo por su salud. Esa chica va a ser mi perdición.

—¿Sigue drogándose?

—Supongo que sí.

—¿No lo sabe con seguridad?

—No la puedo vigilar constantemente.

—Mal camino lleva su hija —chasquéé la lengua—. Si continúa así, un día se meterá en un feo asunto

—Hago todo lo que puedo.

—No le estoy recriminando.

—De verdad, señor Ryan. ¿Se cree que no me dan envidia esas chicas? —señaló hacia las que corrían, infatigables—, Muchas veces, mientras las entreno, me pregunto por qué mi hija no es como ellas, por qué siempre va sucia y desastrada, por qué tiene ese aire de estar de vuelta de todo, por qué, por qué, por qué Y, desgraciadamente no lo sé. O al menos, yo no encuentro la respuesta.

—La comprendo.

—Laura tiene ya dieciocho años y dice que es libre de hacer lo que quiera, de vivir su vida como le dé la gana.

—Me sé esas historias.

—Es como si tuviera el cerebro lavado.

—Usted lo ha dicho: ella tiene dieciocho años. Nosotros estamos en otra onda.

—Pero no todos los jóvenes de su edad se comportan como ella. Parece que no le importe nada de esta vida y se droga cuantas veces puede para evadirse de ella. A mí me da la impresión, en muchas ocasiones, de que está absurdamente desesperada.

—Es el desencanto que reina actualmente entre la juventud. Pero vayamos al tema central, que es por lo que estoy aquí. ¿Qué es lo último que sabe de ella?

—No mucho. Laura me considera una sucia burguesa, es la frasecita que últimamente tiene en la boca a todas horas, y apenas me dirige la palabra. Eso sí, cuando una noche no va a venir a dormir en casa todavía tiene la gentileza de telefonearme.

—Pero ya no, ¿es eso?

—Exacto, señor Ryan —suspiró con amargura—. Desde hace dos noches no sé nada de ella. Absolutamente nada. Y eso me produce una gran intranquilidad. Yo quiero a mi hija, a pesar de cómo vive y de cómo piensa. De verdad: no soportaría perder a Laura. ¡No!

Miré sus ojos. En sus pupilas se podía, leer el pánico.

—¿Ha avisado a la policía?

—¡Ni hablar!

—¿Por qué?

—Temo..., temo que se encuentre metida en un nuevo lío de drogas. Sus últimas amistades, por lo poco que le he oído, sobre todo en sus charlas telefónicas desde casa, no deben ser muy recomendables. Si la policía la cogiera de nuevo in fraganti, iría a parar a un reformatorio. Así sentenció el juez en la otra ocasión.

Di una cabezada, recordando. Yo había estado presente en la sala, acompañándola.

Sylvia Thompson consultó su reloj de pulsera y luego dio media vuelta, dando unos fuertes pitidos con su silbato. Las muchachas que corrían dejaron de hacerlo, iniciando seguidamente unos ejercicios de relajamiento.

—Estoy muy preocupada por ella, señor Ryan —me dijo, encarándome de nuevo—. Sus estudios van desastrosamente mal y no hay forma de convencerla de que no hace lo correcto. A veces siento tal impotencia que acabo llorando

—Mire, señora Thompson, yo sólo soy un detective privado.

Buscaré a su hija, pero no puedo hacer nada respecto a sus problemas personales. Por mi parte, yo le dejaría que hiciese lo que cree debe hacer; eso sí, exigiéndole plena responsabilidad, dispuesta a afrontar cuanto se le venga encima.

—Perder a Laura...

—A los hijos no se les puede tener toda la vida bajo el techado paterno. Un día u otro han de salir del nido.

—Laura aún es una chiquilla.

Me encogí de hombros.

—¿Tiene alguna idea de la razón de su desaparición? —pregunté a continuación

—No.

—¿Estaba últimamente preocupada, nerviosa...?

—Distante. Como siempre.

—¿Hizo algún comentario en especial?

—Yo no recuerdo nada. Y que conste que en las últimas horas he estado pensando en ello.

—¿Cuáles son sus actuales amistades?

—No las conozco. Sé algunos nombres; Joe, Dorothy, Clark...Y ya le dije antes, por la forma en que hablan por teléfono, todos deben ser unos gamberros.

—¡Ajá!

—No sé por qué tengo el presentimiento de que Laura puede hallarse metida en un peligroso lio. Ese silencio me tiene sobre ascuas. ¿Acepta el caso, señor Ryan?

—No tengo otra cosa que hacer. Ya conoce mis tarifas.

—Le daré lo que pida, y con prima especial si la encuentra sana y salva.

—Okay. ¿Tiene algún dato más que proporcionarme? Lo que me ha dicho hasta ahora, de poco me sirve.

—Es que apenas sé nada de sus andanzas. No me comenta nada. Lo que conozco es por sus charlas telefónicas. Es una pena tener una hija que sólo acude a ti por las comidas y la cama. En fin —suspiró amargamente—, creo que últimamente se reunía con sus amistades en un bar llamado Pigs.

—Bonito nombre —murmuré—, «cerdos».

CAPÍTULO II

EL rótulo del local consistía en una pintada de letras rejas, grandes y desiguales, con un par de signos admirativos al final. En el interior se respiraba a sudor, a alcohol y a «hierba». Una música estridente, rabiosa, casi rompía los tímpanos. La clientela estaba formada en su mayor parte por jóvenes ajados, desgredados, con mirada de lunáticos. Una fauna extraña, diametralmente opuesta a la de Park Avenue, pero igual de interesante.

La música cesó de pronto, yo lo agradecí mentalmente, y entonces una joven pegó un brinco, saltando de la silla, y se puso a gritar:

—¡Eh, chicos, mirad! ¡Un dandy! ¡Se nos ha colado un dandy! ¡Mirad, chicos!

Los muchachos comenzaron a moverse perezosamente, unos para encararse y otros para acercarse a mí. Era el bicho raro de aquel lugar.

Como puestos de acuerdo, todos empezaron a gruñir y patalear, mirándome fijamente. Se formó un ruido capaz de romperle los nervios al más templado. La chica que había dado el aviso le ponía letra a la música:

—¡A la calle, cerdo! ¡Vete con tu grey de gente hipócrita! ¡Mueran los cerdos!

Casi una docena de jóvenes de ambos sexos formó corro a mi alrededor y comenzó a estrechar el cerco, sin cesar de gruñir y patalear.

Yo pensé seriamente cómo salir de allí: las buenas palabras, los puños o el revólver. Ninguna de las tres soluciones me pareció

correcta. Entonces decidí aguardar a ver cómo pensaban terminar el numerito; sólo era cuestión de soportar el eterno gruñido y aquel machacón pataleo que ponía a prueba el piso del local.

Al final sólo vi unos rostros demacrados, mal afeitados, los de ellos, y los pálidos y nada cuidados de ellas, todos con ojos enrojecidos o acuosos, cuyas bocas parecían ciénagas pestilentes. Me rozaban ya y no paraban de atormentarme con sus sonidos guturales.

Semejaban fieras.

Opté por armarme de valor y de súbito traté de salir de aquel cerco. Di unos pasos al frente, tropezando con dos de ellos. No hicieron intención de obstaculizarme o violentarme. Eso sí, me insultaron de la forma más atroz y se dedicaron a ir tras de mí, continuando con el castigo de oídos.

Llegue hasta el mostrador, dispuesto a preguntarle al barman por Laura, haciendo caso omiso de la loca troupe que tenía a mis espaldas.

Entre aquellas jovenzuelas convertidas en leonas de la selva no había visto a la hija de mi cliente.

—Pero ¿qué pasa aquí? —tronó entonces una voz.

Giré sobre mis talones. Los muchachos y muchachas que se hallaban tras de mí abrieron filas y así pude contemplar a la mujer.

Era alta y con cierta corpulencia. Poseía un busto agresivo y unas piernas largas y bien moldeadas, enfundadas en unas medias color humo. Su cabello plateado enmarcaba un rostro atractivo, tal vez excesivamente maquillado, con unos bonitos ojos color verde.

—¡Basta! —tronó de nuevo. Era dueña de una voz fuerte, bien timbrada, autoritaria.

Los jóvenes dejaron por fin de hacer el memo. Y se retiraron hacia las mesas y las paredes. Uno de ellos puso de nuevo en funcionamiento la máquina de música, invadiendo el local con el duro sonido de un rock

—¿Quién eres? —me preguntó ella

—Johnny Ryan.

—No te conozco.

—Yo a ti tampoco.

—Soy Lillian, la dueña de este local.

—¡Ajá! Entonces posiblemente tengamos una amiga en común.

—¿Quién?

—Laura Gilbert.

(Que la joven llevara el apellido Gilbert tenía su explicación. Era hija de John Gilbert, un médico cardiólogo que había conseguido adquirir cierto renombre en el Midtown, una zona distinguida y elegante de Manhattan. John y Sylvia se habían conocido muy jóvenes, cuando él estudiaba la carrera, y cometieron la «ligereza» —palabras literales de ella, que era quien me lo había contado— de casarse. Nació Laura, pero eso no salvó aquel precoz matrimonio que, tras la pasión de los dos primeros años, en vez de asentarse, se vino abajo. El divorcio puso fin a todo ello. Él le pasaba una pensión para el mantenimiento de la niña. Laura, por supuesto, quedó a cargo de la madre, habida cuenta que tenía escasos dos años. A John Gilbert no le conocía personalmente, sólo de oídas. En la anterior ocasión que intervine, él se hallaba de viaje por la Costa Oeste, en un congreso.)

Lillian, la propietaria del bar bautizado con el pomposo nombre de Pigs, me miró de arriba abajo, estudiándome en silencio, y luego dijo:

—Ven,

La seguí hacia una puerta —imagino que por donde debía haber aparecido momentos antes—, que abrió, franqueándome el paso.

Fuimos a parar a un confortable despacho que nada tenía que ver con el antro que acabábamos de dejar.

—Así que eres amigo de Laura Gilbert, ¿eh? —mariposeó a mi alrededor, sin quitarme la vista de encima.

—En efecto.

—No me lo creo.

—¿Por qué?

—Ella no cultiva tipos como tú.

—Bueno, eso es una opinión tuya.

—Y no creo equivocarme.

—Dime dónde puedo encontrarla y verás como nos conocernos. Tengo entendido que ella frecuenta este local, pero no la he visto.

—No está aquí.

—Pero tú la conoces bien, ¿no?

—Bastante.

—Entonces, ¿qué? ¿Me ayudas a encontrarla? ¿Me echas una

mano?

—No una, sino dos —me sonrió, picara.

Ya he dicho en otras ocasiones que no le hago ascos a las mujeres, máxime cuando están incitantes y pueden proporcionar valiosa información. La tal Lillian parecía predispuesta y yo pensé que podía contentarla para que colaborara más gustosamente a la hora de las preguntas y las respuestas.

—Ven —ahora fui yo quien lo dijo.

Ella no se hizo rogar, sus ojos casi incendiados de pasión. Vino y me echó los brazos al cuello.

Sabía besar, la muy condenada. Era toda una artista. Logró sacarme de mis casillas y de pronto me encontré desnudándola. Descubrí sus orondos y opulentos senos, los acaricié, los besé, arrancándole gemiditos de placer. Luego quise seguir hacia abajo, pero ella se mostró reacia. Yo ya estaba lanzado y no podía detenerme; estaba tremendamente excitado. Forcejeamos unos instantes, mientras nos mordíamos ansiosamente, pensando yo que la resistencia de Lillian no era más que un aliciente más del juego erótico.

Nones.

Había tres poderosas razones. Lo supe cuando por fin alcancé su zona más íntima.

Me quedé frío, de piedra, y toda mi excitación se diluyó como por arte de birlibirloque.

Ella —o él— se me quedó mirando con ojos llenos de frustración, sus hermosos pechos aún al descubierto. Desde luego, las inyecciones de hormonas, habían hecho un estupendo trabajo.

—¡Soy una mujer! —gritó de pronto, en un arrebato—, ¡Soy una mujer!

Yo no dije nada. Todavía continuaba inmovilizado como una estatua.

—¡Ya tengo el suficiente dinero reunido para operarme y dentro de muy poco voy al quirófano! —agregó, sus senos bamboleándose con la agitación—. ¡Soy una mujer!

—Muy bien —dije por decir algo. Estaba estupefacto Jamás me había ocurrido una cosa así.

—Me gustan los hombres, pero nunca me he sentido como un homosexual —siguió diciendo, tratando de justificarse—. Desde que

tengo uso de razón, siempre me he comportado como una mujer. ¡Soy una mujer, a pesar de estos órganos externos!

Había sido un duro golpe, pero enseguida comencé a asimilarlo y a recuperarme. Un juego más de la Naturaleza.

Yo admiro y odio a la Naturaleza, creadora de las especies, de los seres, desde la insignificante ameba hasta el complejo hombre. La admiro por su magnificencia y creatividad, y la odio por..., precisamente por lo que tenía delante. Ese era uno de los ejemplos de su ciega crueldad.

—Dejemos eso —dije, mesándome los cabellos—. Te buscaba por otra cosa.

—No me quieres —jadeó el infortunado.

—Necesito encontrar a Laura Gilbert —eludí la respuesta,

—¡No me quieres! —alzó la voz.

Tal vez perdí los estribos. No lo sé. Lo cierto es que di dos pasos hacia él y le cogí por su caoba mata de pelo plateado, estirando.

—¡Óyeme! —le dije—. Este es un mal trago, tanto para ti como para mí, así que olvidemos lo ocurrido y tranquilicémonos.

—¡Ay! —se quejó.

—Y ahora vayamos al grano. Ya me escuchaste antes: necesito encontrar a Laura Gilbert. Según tengo entendido frecuenta este bar, tú eres el dueño y has reconocido tener cierta amistad con ella.

—Si...

—Muy bien. ¿Qué sabes de ella?

Para entonces ya le había soltado del cabello y ahora se lo arreglaba con bastante coquetería.

—Ya no viene por aquí. Antes era cliente habitual, sobre todo en compañía de su amiga íntima Dorothy.

—Dorothy, ¿qué más?

—No lo sé. Creo que se entienden entre las dos, aunque también van con chicos. A ésas les gusta darle a todo —comentó con cierto rencor—. A la otra, a Dorothy, tampoco la veo desde hace tiempo, por lo menos una semana. Fue ella precisamente quien me contó que Laura había hecho buenas migas con una pandilla que se mueve más hacia el norte, entre Gansevoort Street y Bethune Street. Una de esas pandillas juveniles que aterrorizan a los barrios...

—¿Quiénes son?

Por primera vez me miró con algo de temor.

—Tantas preguntas... ¿No serás un «poli»?

—No.

—¿Entonces?

—Te lo dije: un conocido de Laura.

—Creo que me engañas.

—Olvida tus sospechas y dime lo que sepas.

—Oye... —me tomó de un brazo, pegándose a mí, insinuante.

Era su último cartucho.

La pólvora estaba mojada. Me desprendí suavemente de su mano y pregunté de nuevo:

—¿Quiénes son?

Él me dio la espalda. Su voz sonó aún mucho más ronca al contestarme:

—Creo que se reúnen en un bar llamado Buddy's, usan el nombre de Los Perros Rojos, tienen fama de ser los más violentos de Greenwich Village y... —se volvió para encararme—, ¡y ojalá te den un escarmiento, cerdo!

Estaba llorando.

CAPÍTULO III

NADA más aparecí por el local, los jóvenes volvieron a la carga, es decir, a sus gruñidos y pataleos, con la mirada muy fija en mí, de una forma que inquietaba. Me siguieron hasta la puerta.

Cuando pisé la calle, respiré hondo y me sentí mejor. Decidí seguir andando, ya que el coche estaba bien estacionado. Continué por Blecker Street hacia arriba y más tarde por Hudson Street, tomando entonces la tercera bocacalle de ésta a la izquierda. Esa era Jane Street, y el local llamado Buddy's se encontraba más allá de la esquina con Greenwich Village, entre unos billares y un sex-shop.

Había que bajar por unas escaleras de caracol, iluminadas con una tenue luz, para llegar al lugarejo, que era más o menos el sótano de un sucio y desconchado edificio de la época de la caza de brujas.

La clientela del local no tenía nada que envidiarle a la del Pigs: jóvenes desgredados, con aspecto inquietante, oliendo a mil demonios, vistiendo ropas parcheadas...

En esta ocasión no llamé tanto la atención porque el bar se hallaba en penumbra debido a que en una pequeña pantalla del fondo se estaba proyectando una película porno de dibujos animados.

Llegué a la barra sin contratiempos y el barman, que se dedicaba a secar unos vasos, con mirada aburrida, me preguntó:

—¿Qué tomas?

—Estoy buscando a Laura Gilbert —respondí—, ¿La conoces?

El tipo hizo una mueca.

—No —fue su contestación.

—¿Y a Los Perros Rojos?

Ahora respingó.

—¿Quién eres tú? —me preguntó con una ceja arqueada, dejando su faena.

—Me llamo Johnny Ryan.

—Eso no me dice nada. Puede ser, incluso, un nombre falso.

—Soy amigo de Lillian, la dueña de Pigs —mentí, pensando que la cosa podía colar—. ¿La conoces?

—Sí. ¿Eres uno de sus amiguitos?

Observé su sonrisa burlona.

—No tanto.

—¿Qué quieres? ¿Algún sobrecito?

—No necesito droga. Ando buscando a una muchacha: Laura Gilbert. Parece ser que últimamente tiene relación con Los Perros Rojos.

—Esa gente es de temer...

—¿Sabes dónde puedo encontrarlos?

—Hum... Veré. Espera un momento.

—No tengo prisa.

Saltó por encima del mostrador con gran, habilidad y se alejó hacia la izquierda. Al final se difuminó en la oscuridad remante. Yo me dediqué unos instantes a observar los dibujos animados. Un bufón del rey, con sus gracias aparentemente ingenuas, terminaba desvirgando a la princesa heredera del trono durante la fiesta posterior a la celebración de su boda.

Cuando el barman volvió a aparecer ante mis ojos, iba acompañado por una muchacha.

—Ella es Sandra —me presentó.

Era una joven de dieciocho años, rubia, ojos azules y cuerpo ya bien desarrollado. Vestía unos deshilachados pantalones vaqueros, muy ajustados, una camisa blanca, de cuello cerrado, que parecía la servilleta de un amante de la gula después del festín, y una rebeca gris de cuando su mamá la llevaba a pasear por el parque. Parecía inquieta, nerviosa, y al moverse permitía que la rebeca dejara al descubierto los oscuros pezones de sus pechos, que se transparentaban a través de la camisa.

—Johnny Ryan —alargué mi mano.

No me acordé que eso ya no se lleva. La chica me miró como si fuera un raro espécimen.

—¿Por qué buscas a Laura Gilbert y a Los Perros Rojos? —me preguntó, brazos en jarras.

—Quiero hablar con ellos.

—¿De qué?

—Lo diré cuando esté ante ellos.

—Está bien. Yo te llevaré,

—Sandra los conoce —me explicó el barman, esperando una propina—. Ella le acompañará.

Le di lo que quería y dije:

—De acuerdo.

—Entonces, en marcha —dijo ella.

Fui tras la joven, mientras los parroquianos aplaudían el final de la películita. El bufón era descubierto por el rey y condenado a la guillotina, pero en vez de cortarle la cabeza...

Cuando salimos a la calle, encontré el día aún más gris, amenazando lluvia. En pocas horas había cambiado radicalmente el tiempo.

—¿Hacia dónde vamos? —le pregunté.

—Tú sígueme.

—Si es lejos, tengo coche.

—No hace falta.

—Okay.

Caminamos cara al Hudson River, hacia la Washington Street. La chica ni siquiera me miraba, todo el trayecto callaba, silenciosa como una momia, las manos embutidas en los bolsillos de sus pantalones vaqueros.

—¿Tú conoces a Laura Gilbert? —intenté iniciar una conversación con ella que pudiera serme de utilidad para el caso que llevaba entre manos.

—Algo.

—Realmente a quien busco es a ella. Si tú puedes decirme dónde está, no haría falta que...

—Yo no puedo hablar sin consultar con ellos. Y supongo que ellos querrán hablar contigo personalmente. Tanto ella como yo pertenecemos a Los Perros Rojos y nada se puede decir o hacer sin que Clark, el jefe, dé su consentimiento...

Recordé el nombre de Clark. La madre de Laura me lo había mencionado.

—Pero ¿está Laura con ellos? —insistí.

Ella me respondió:

—Por ahí.

No habíamos llegado todavía a la Washington Street. Me quedé mirando un tanto sorprendido el callejón que me señalaba con un dedo índice.

—Por aquí —repitió.

Era un feo callejón, repleto de papeles y porquerías, que había sido regado en algunos puntos no por la manguera municipal sino por la personal y privada de algunos puercos individuos. Al final el callejón terminaba en una alta tapia.

—Nena, ¿adónde vamos? —fruncí el ceño. El lugar no me gustaba absolutamente nada.

—¡Ahí están! —exclamó con una divertida sonrisa, dando media vuelta.

En efecto, tres jóvenes acababan de aparecer por una puerta que ya habíamos dejado a nuestra espalda. Cuando giré sobre mis talones aún pude ver a uno de ellos cerrando la puerta. Los tres se plantaron en mitad del callejón.

Eran desgarbados, sucios y melenudos. Cada uno de aquellos rostros llevaba impreso el estigma de la droga. Vestían unos téjanos supergastados, botines, camisas en cuyo centro iba dibujada la cabeza de un hermoso perro lobo, con la boca abierta, mostrando unos afilados colmillos y una roja rojísima lengua de un palmo lo menos, y cazadoras de flecos. Lo único lustroso y brillante de sus desagradables personas era la cadena que cada uno de ellos sostenía con su diestra, haciéndola pendular bravuconamente.

Avanzaron hacia mí.

CAPÍTULO IV

—MUCHACHOS —dije, levantando la mano derecha—, este no es la guerra.

Eso les hizo detenerse. Para entonces la muchacha ya se había alejado de mí, apartándose a un lado.

—Usted es el tipo que está interesado en nosotros, ¿no es así? —habló el del centro.

—En efecto —reconocí.

—Sandra se ha portado bien.

—Sí, es una gran chica —dije con sorna—, ¿Cómo lo hicisteis?

—Carson, el barman del Buddy's, me pegó un telefonazo por orden de ella.

—Vaya con el cabrito de Carson. La próxima vez que le vea le haré escupir la propina.

—Me comunicó que ella te traía para acá, para que pudiéramos hablar tranquilamente.

—¡Cómo está el mundo! Ya no te puedes fiar de nadie.

—Hermano, tú no eres de los nuestros. Compréndelo

Ya me llamaban «hermano» y me tuteaba. Esto iba viento en popa.

Me equivoqué de medio a medio. El primer cadenazo vino hacia mí acompañado por algo parecido al silbido de una serpiente.

Meladeé muy oportunamente, esquivándolo, pero entonces me encontré con el segundo, al que sólo pude eludir ligeramente. Me alcanzó en un hombro, el izquierdo, rasgándome la chaqueta. El tercer cadenazo ya me dio de lleno, en todo el plexo solar y por un instante creí que me habían roto todas las costillas, que se habían

convertido en agudas astillas y que éstas me pinchaban aquí y acullá, en una especie de tortura china.

Caí al suelo sin poder evitar un gemido de dolor. Los Perros Rojos tenían experiencia en esto de actuar en gruño y con cadenas, era evidente, y yo poco iba a poder hacer con los puños desnudos. Mi rostro quedó ladeado justo hacia donde se encontraba la muchacha Sandra sonreía, los ojos brillantes por el espectáculo.

Rabioso, eché mano de mi revólver. Un chato calibre treinta y ocho..., que de repente me fue arrebatado como por arte de magia.

Uno de Los Perros Rojos había usado la cadena con la habilidad del exhibicionista de látigo. Los otros dos rieron a mandíbula batiente.

Miré a los tres desde el suelo.

—Muchachos, sólo quiero hablar con vosotros —dije—. Haceros unas preguntas.

—Puedes hacerlas —me replicó el que parecía llevar la voz cantante del grupo. Intuí que sería el tal Clark—. Al tiempo que las respondamos, nos divertiremos.

—Hoy se presentaba un día muy aburrido... —se lamentó otro perro rojo.

—¡Ahí va! —movió el brazo armado el tercero.

Rodé por el suelo sucio del callejón. El cadenazo estalló con escalofriante chasquido sobre el asfalto. Traté de alcanzar mi revólver, pero antes una inoportuna cadena trabó mis piernas. Besé nuevamente el suelo, esta vez impregnado de orín.

—¡Anda, a ver si lo coges! —gritó uno de ellos.

Los tres reían como posesos y la chica parecía disfrutar como una auténtica sádica. Comprendí que intentar coger mi revólver iba a ser seguirles el juego. Había que actuar de otra forma.

—Sólo quiero saber por dónde anda Laura Gilbert —dije, de rodillas en el suelo—. Tengo entendido que es amiga vuestra. Decidme cuál es su paradero

—Laura, ¿eh? —gruñó el jefe del trio.

—Sí —cabeceé.

Él me lanzó otra vez la cadena. Ahora ya no estaba desprevenido y sabía lo que me esperaba. Dejé que la cadena alcanzara de lleno mi cuerpo, me mordí los labios furiosamente, aguantando el dolor, y mis manos cayeron como zarpas ansiosas sobre ella, atrapándola.

Tiré con toda la rabia del mundo, brotando entonces de mi garganta un grito que hasta mí mismo me estremeció, algo parecido al que emiten los que practican las artes marciales.

Pero aquello no tenía nada de arte ni de marcial. Aquello era una sucia pelea entre tres gamberros y un tipo que no quería terminar con el cuerpo lacerado y molido. El joven perro rojo vino hacia mí. No tenía otro remedio, salvo que quisiera desprenderse de su cadena.

Los otros dos ya actuaban con rapidez, dándose cuenta del giro insospechado que habían tomado las cosas. Me protegí como pude con el recién llegado a mí y él se llevó la peor parte. Sus chillidos de rata pisoteada se escucharon en todo el callejón y si alguien los oyó, prefirió continuar con su trabajo

El mío consistía en desprenderme de aquellos malditos perros rojos. Lancé al que tenía conmigo contra sus compañeros, tratando de conseguir la carambola. No lo logré, sólo tropezó con uno de ellos, pero sí conseguí quedarme con la cadena.

El que estaba libre me echó un «viaje». Yo finté, pero no lo suficiente. Me alcanzó el hombro derecho, sentí cómo se me venía abajo todo aquel lado y ahora las dos hombreras de la chaqueta quedaron parejas.

Le devolví la suerte, y con toda la mala uva del mundo. Mi cadenazo le dio de lleno en el cuello, gritó bestialmente, su rostro se tornó blanco como la cera y su garganta encarnada como la amapola. No me entretuve en seguir observándole los colores del arco iris.

Los otros dos se reponían. El de la cadena venia hacia mí y el otro gateaba hacia donde estaba mi revólver. Este último tenía ideas muy malas.

Fui rápido, como urgía la situación. Moví la cadena dos veces seguidas, como si yo fuera un maestro, y de verdad que no lo hice mal. El joven quedó con las costillas molidas y el rostro tinto en sangre, aullando y dando cadenazos de ciego. Lamenté no poder quedar a su lado sirviéndole de lazarillo.

Corrí y me lancé en plongeón. El jefe del trio ya se volvía con mi revólver en sus manos. No tuvo ningún remilgo a la hora de apretar el gatillo. Sentí el silbido de la hala junto a mi cabeza y luego choqué contra él y los dos nos vinimos abajo. El muchacho no

entendía de peleas de hombres, lo suyo era dar cadenazos en grupo, y con un par de mandobles le arrebaté el revólver y lo dejé tan dócil como un perro amaestrado. Para asegurarme más, le rodeé con la cadena el cuello y apreté sin ninguna compasión.

—¿Te gusta? —le pregunté, observando que los otros dos se encontraban abatidos en el suelo, llorando su desgracia, que la chica continuaba en su sitio, perpleja por cuanto se había desarrollado ante sus ojos.

El tipo se puso morado.

—Ya veo que sí —agregué, guardándome el revólver en el bolsillo—. Ahora creo que podremos hablar como las personas más o menos educadas.

Soltó un gruñido muy extraño.

—Veamos... ¿Conoces a Laura Gilbert?

Le aflojé un poco para que pudiera contestar.

—Sí.

—Vamos bien. ¿Qué sabes de ella?

—Nada.

—Vamos mal —volví a apretarle la cadena al cuello y él emitió unos bonitos gorgoteos. Entendí que quería hablar, dar explicaciones, así que nuevamente aflojé.

—Hace más de tres días que no la vemos —dijo con cierta dificultad—. ¡Lo juro!

—¿Qué tiene ella que ver con vosotros?

—Es una de nuestras amigas. Como Sandra.

—Las mujeres de Los Perros Rojos, ¿eh?

—Sí.

—¿Dónde se puede haber metido?

—No lo sé.

—¿Así que no sabes dónde para una de tus chicas?

—No.

—¿Quieres que...?

—¡De verdad que no lo sé! —gritó, temeroso de que volviera a las andadas.

—Tú la conoces mejor que yo.

—Sí.

—¿Entonces...?

—Últimamente estaba un tanto rara...

—¿Por qué?

—Por culpa de Dorothy.

—¡Dorothy! ¡Ya salió otra vez ese nombre! ¿Quién es ella exactamente?

La tal Sandra se había acercado a nosotros y nos escuchaba con suma atención. En sus ojos creí leer un cierto grado de admiración hacia mí.

—Dorothy Foster —me aclaró ella.

—Ya.

—Otra chica del grupo —tomó la palabra el perro rojo, tal vez con la intención de congraciarse—. De un tiempo a esta parte Dorothy comenzó a cambiar de ideas. Hablaba de trabajar y todas esas cosas. Deseaba integrarse en la puerca sociedad, codeándose con los puercos burgueses. Ella fue la primera en desaparecer; más tarde Laura. Como ésta era amiga íntima de aquélla, pensamos que había terminado teniendo las mismas ideas. ¡Al cuerno se hayan ido!

—¿Eso es todo?

—Eso es todo lo que sé al respecto. ¿Por qué busca a Laura Gilbert?

—No ha aparecido por casa. Su madre está preocupada.

—Tal vez se encuentre con Dorothy —sugirió Sandra.

—O Dorothy sepa algo de ella —agregué yo—. ¿Sabéis dónde vive Dorothy?

—Yo lo sé —me sonrió Sandra—. Te puedo acompañar,

—¡Hum!

—Conozco a Dorothy. Yendo conmigo ella no tendrá ningún inconveniente en hablar.

—No me fio de ti, muñeca.

—Esta vez no habrá trucos.

—Esperemos que así sea.

—Eres todo un hombre —me piropeó con las pupilas muy brillantes.

Presentí el peligro. Había entreabierto la boca y parecía ya respirar con agitación.

Me encaré al perro rojo. No le debió gustar mucho el aspecto de mi rostro porque enseguida dijo, con ánimos de prolongar la charla.

—¡Otra cosa!

—¿Qué hay?

—Si no encuentra a Dorothy, busque a Tommy.

—¿Quién es?

—Un tipo que iba tras Dorothy, pero al que ésta no hacía mucho caso. Sandra lo conoce.

La miré y ella asintió.

El perro rojo me sonrió amigablemente.

—He colaborado bien con usted, ¿eh?

—Tú eres Clark, el jefe, ¿verdad?

—Sí.

—Un gran muchacho. Te mereces lo mejor.

Rápidamente le hice perder la sonrisa, nada más apreté un poco la cadena. El joven se desmadejó, perdido el conocimiento. Los otros dos ya tenían también lo suyo.

Sandra me tomó de un brazo y me obligó a echar a andar. Por la forma en que me miró adiviné que los que quedaban atrás habían perdido todo valor para ella, y a mí me consideraba el guerrero triunfador del que iba a tomar posesión.

CAPÍTULO V

DOROTHY FOSTER vivía en un destartado edificio de Bank Street, entre West 4th Street y Greenwich Avenue. El portal estaba abierto y el inmueble carecía de encargado o conserje. Tampoco poseía ascensor, la escalera tenía más mugre que un cubo de basura y las lámparas emitían una débil luz, a punto de fundirse.

—Dorothy es de Columbus, Ohio —me había explicado por el camino Sandra, sin desprenderse mi brazo—. Se fugó de casa de sus padres y se vino acá, a vivir su vida. Es una chica vivaracha y simpática aunque las ideas que le bullen en la cabeza últimamente no son las correctas

No contestó nadie a nuestras insistentes llamadas. Sandra y yo nos miramos, vacilante. Finalmente decidí usar la ganzúa, sin encontrar ninguna oposición por parte de la joven.

El pequeño apartamento olía a rancio y todo él estaba en tinieblas,

Sandra, que conocía su interior, se movió con soltura, llegando a las ventanas y abriéndolas. Una inerte luz natural inundó el living.

No encontramos a nadie.

—Esto tiene todo el aspecto de un abandono total —comenté al rato, tras las primeras observaciones.

—Sí —convino Sandra, la cual había abierto los armarios del dormitorio. Aquí faltan muchas ropas, también su maleta. Da la impresión de que Dorothy se ha marchado.

—¿Sin avisaros?

—Nuestras relaciones no eran ya las de antes.

—Bueno, camino cortado —exclamé, fastidiado.

—Tal vez Laura se marchara con Dorothy...

—Eran muy amigas, según tengo entendido.

—En efecto. En muchas ocasiones, cuando Laura no iba a casa, se quedaba aquí con Dorothy,

—También me han insinuado que ellas dos... —enlacé mis dedos índice y corazón.

—Hay ocasiones que dos mujeres pueden estar aburridas y tener ganas. No es ningún pecado grave. Si lo sabes hacer, te lo puedes pasar fenomenalmente.

—¿Tú también...?

—¿Por qué no?

—¡Aja!

—Pero cuidado con lo que piensas. A mí me gustan sobre todo los hombres.

—¡Oh! —musité. Luego observé el brillo peligroso de sus pupilas y añadí—: Sigamos a la búsqueda de algo interesante.

—En estos momentos, lo único interesante que aquí hay, eres tú. Y se lanzó inopinadamente sobre mí, como una gata.

Pude dominarla a duras penas. Nos quedamos mirando muy fijamente.

—No soy una niña —susurró, alzando la barbilla y ofreciéndome sus labios.

Me lo pensé. Y ella de nuevo se abrazó a mí, esta vez restregando sus senos contra mi torso, de una forma salvaje. Eso me produjo una mezcla de dolor y placer

—Quiero que me demuestres lo fuerte que eres... —continuó susurrando—. Y yo te aliviaré de los golpes recibidos.

—Sandra...

—Suenas bien mi nombre en tus labios.

—Sandra, creo que no...

—Vamos, no tengas miedo. ¿Acaso crees que eres el primero? ¿Acaso crees que soy una dulce niña a la que vas a violar? ¡Mírame!

Ella se había separado de mí bruscamente y ahora, casi con violencia, procedía a quitarse las ropas.

—¡Mírame! —repitió.

Sólo necesité mirarla una vez para que desaparecieran mis aprensiones.

Comencé a quitarme la sucia y rota chaqueta, y enseguida ella se

acercó a mí para ayudarme con las demás ropas. Su juvenil cuerpo era toda una tentación y mis manos lo tomaron en un principio con cierto nerviosismo y temor.

Ella inclinó su rostro sobre mi pecho, besando con sus dulces labios aquellas zonas violáceas y condolidas, traspasando a ellas ráfagas de placer.

La tomé en volandas, transportándola hasta la cama. Allí nos enzarzamos en un juego rico en sensaciones subyugantes, sumergiéndonos seguidamente en la loca borrachera del deseo sexual. Finalmente terminé desplomado sobre ella, como un peso muerto. Sandra me acarició la nuca, jugueteando con mi pelo.

—Eres todo un hombre —murmuró roncamente.

Ya era la segunda vez que le oía decirme eso. Al final iba a acabar creyéndomelo. Desde luego, después de lo sucedido en el Pigs, creo que subconscientemente deseaba la prueba pasada. Y las palabras de Sandra, transida de gozo, servían para reafirmar esa porción de machismo que cada hombre lleva dentro, unos más, otros menos.

Empecé a cobrar vida lentamente. Me incorporé un poco y me dejé caer a un lado. Una de mis manos se deslizó suavemente por su liso vientre.

—¿No sabes adónde pueden haber ido Laura y Dorothy, caso de que se hayan ido juntas? —preguté.

—¡Oh! —exclamó, revolviéndose—. Pero ¿es que no puedes pensar en otras cosas?

—Es mi trabajo.

—Aún no sé cuál es tu trabajo exactamente.

—Detective privado.

—¡Vaya!

—He sido contratado por la madre de Laura. Y necesito encontrarla.

—Para volverla al redil, ¿eh?

—Al menos para que su madre sepa que está bien, sana y salva.

—Pues no lo sé. No sé dónde pueden estar metidas. Realmente estoy muy sorprendida.

—¿Este apartamento es de Dorothy?

—No. Es de alquiler.

—¿No sabes quién es el propietario? Así podríamos enterarnos si

se ha ido...

—No lo sé.

—¿Y cómo paga, si no trabaja?

—Bueno, se hacen cosas. Algún que otro trabajo eventual, alguna rapiña...

—Más lo último que lo primero, ¿no?

—Por otra parte, a muchos de nosotros nuestros padres todavía nos dan un pequeño sueldo —eludió mis anteriores palabras.

—¿Sólo eso?

—Sólo...

—Advierto cierta vacilación en ti. ¿Qué me ocultas, Sandra?

Entonces me alargó significativamente uno de sus brazos. Lo observé con detenimiento.

—¿Te drogas?

—Sí.

—Las marcas no son todavía muy llamativas, pero si sigues por ese camino...

—Lo sé, pero lo necesito.

—¿Por qué?

—Quiero evadirme.

—Hay muchas formas de evadirse.

—Esta es la única que me satisface plenamente.

—Te harás polvo.

—Viviendo como una burguesa también se hace una polvo, ¿o no es así?

Me sonreía irónicamente. Yo entendí perfectamente el significado de sus palabras. Sandra no era tonta.

—De todas formas, no creo que la tuya sea la forma más decente de hacerse polvo.

—¿Acaso hay algo decente en este cochino mundo?

—Un amor.

—¡Oh, tú eres de los románticos! ¡Quién lo diría! ¿Cuántos años tienes, Johnny?

—Treinta.

—¿Y lo has encontrado?

—No.

—¿Y crees que lo encontrarás?

—Posiblemente no.

—Entonces, ¿qué queda?

—La esperanza.

—No te entiendo.

—Yo tampoco. Digamos que soy un pesimista, con esperanza, si es que eso puede tener sentido. No creo en la paz, ni en la justicia, ni en el bien común..., pero a la vez creo en todo ello. Es una contradicción que va conmigo, que me ayuda a comprender este mundo, evitándome enormes traumas, y que al mismo tiempo me lleva a vivir y luchar por algo..., aunque al final no consiga absolutamente nada

—Estás loco, Johnny.

—Ni más ni menos que otros. Tú y yo pertenecemos a los marginados, pequeña, aunque en distintos ángulos del cuadro. Los otros, los normales, se hacen llamar así porque son mayoría. Pero la normalidad no significa verdad, simplemente es un engendro más, otra mutación, pero mayoritaria y que por tanto, puede imponer su ley.

—Dices cosas que suenan bien.

—Pero que no tienen mucho que ver con lo que en estos momentos me interesa. Estoy tratando de localizar a Laura Gilbert, recuerda, y quiero que me ayudes, Sandra. Por cierto, el perro rojo aquel nombró a un tipo...

—Es que... puede traerme problemas.

—No tengas miedo. Yo te protegeré. Dijo que se llamaba Tommy, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué hay de él?

—Verás, Johnny, El mundo de la droga, no sé si lo conoces bien, es un mundo cruel, implacable. Conozco muchos casos, horripilantes algunos... Esos hombres no perdonan.

—No te preocupes. Por mi no sabrán nada. No soy ningún delator.

Ella se echó sobre mí, como si buscara protección.

—Ya te he dicho antes que muchos de nosotros no necesitamos ganar dinero, pues nuestros padres nos lo proporcionan...

—Una contradicción bestial de vuestra forma de vida —le interrumpí.

—Sí, supongo que sí —reconoció—. Otros, en cambio —

prosигuió con su historia—, han de hacer cosas. Dorothy pertenece a ese grupo, mientras que Laura y yo estamos en una posición intermedia. Cuando no tenemos bastante con lo de nuestros padres, nos dejamos llevar por..., por el negocio de la droga.

—¿Vendéis drogas?

—Sí. Trabajamos como vendedoras callejeras eventuales. Vendemos sobrecitos de heroína. Con eso obtenemos dinero y droga para nosotras.

—Ya entiendo.

—Pues bien: nuestro proveedor habitual es ese Tommy. Tommy Carter.

—Eso no es decirme mucho.

—Sí que lo es. Porque ahora querrás saber dónde lo puedes encontrar. E irás a verlo. Entonces...

—Tranquila. No te nombraré para nada.

—Eso espero, Johnny.

—Te doy mi palabra.

—Confío en ti.

—Puedes hacerlo. ¿Qué más sabes de él?

—Siempre que ve a Dorothy, no le quita ojo de encima. Se la come con la mirada. Últimamente ya había empezado a molestarla, a seguirla, a proponerle irse juntos a la cama...

—¿Dónde lo puedo encontrar?

—¿Ves? —sonrió—. Ya salió.

—Ese tipo puede saber algo.

—Sí. Tiene un apartamento en el 588 de Greenwich Street. Al menos es allí adonde acudimos para hacer nuestros negocios. Él nos proporciona los sobrecitos, le pagamos y lo que sacamos, para nosotros.

—Iré a verle.

—Ten cuidado, Johnny,

—¿Por qué?

—Tommy Carter es un tipo muy violento.

Sonreí y salté de la cama. Ella observó en silencio cómo me vestía. Como despedida final, le mandé un beso con dos dedos de mi mano derecha.

El 588 de Greenwich Street se encuentra muy cerca del cruce con Clarkson Street. Tampoco allí había portero y pude colarme sin

que nadie me pusiera reparos. Consulté los buzones, todos ellos oxidados, y, enseguida, encontré la plaquita de Tommy Carter. Puerta doce.

Una vez arriba, pulsé el timbre. Aguardé un par de largos minutos, pero nadie acudió a abrirme. Entonces probé con el pomo de la puerta, por si no estuviera cerrada por dentro.

Tuve suerte. El pestillo no estaba echado. Y por tanto pude pasar al interior.

Me encontré con un tipo esparrancado en el suelo un joven desgarrado y pelirrojo, tal como Sandra me había descrito a Tommy Carter antes de abandonar el apartamento. Desde luego, el único signo violento que hallé en él estaba impreso en su pecho. Lo habían acuchillado.

CAPÍTULO VI

EL cuchillo utilizado por el asesino o asesinos se lo debían haber llevado éstos. El apartamento no presentaba ninguna señal de registro. Todo parecía en orden. Lo único que desentonaba era el muerto.

Le eché otra mirada y entonces fue cuando me fijé en su mano derecha.

La tenía ligeramente cerrada y entre sus dedos creí ver asomar el pico de un papel.

Me agaché, saqué el pañuelo y, con mucho cuidado, se la fui entreabriendo. Efectivamente, un trozo de papel quedó al descubierto.

Lo tomé.

Se trataba del recorte de un anuncio de periódico Y decía lo siguiente:

«SE NECESITAN AZAFATAS

»Si eres joven y tienes buena presencia, puedes ganar 500 dólares trabajando durante una semana como azafata en una feria de muestras a celebrar próximamente.

»¿Te interesa? Llama, al teléfono PL-9-8800 y pregunta por la señorita Crawford.»

Me quedé un tanto extrañado tras leer el anuncio. ¿Tenía esto alguna relación con el asesinato de Tommy Carter? ¿Tenía alguna relación el asesinato de Tommy Carter con la desaparición de Dorothy Foster y Laura Gilbert? Y... ¿tenía alguna relación la desaparición de Dorothy Foster y Laura Gilbert con el anuncio de

marras?

Esto último me hizo fruncir el ceño. «Se necesitan azafatas.» Posiblemente fuera este anuncio el culpable de que no aparecieran. Tal vez se habían colocado como azafatas en esa feria de muestras y... Pero todo resultaba un poco chocante. ¿Qué tenía que ver la muerte de Tommy Carter? Si la razón de su asesinato tenía alguna conexión con el anuncio, ¿cómo el asesino o los asesinos habían cometido la torpeza de permitir que se quedaría con el papel en la mano? Claro que si los asesinos no cometieran errores, no se descubriría ni un crimen...

En fin, el anuncio era una posibilidad, abría un nuevo camino. No iba, por tanto, a desaprovecharlo. Miré a mi alrededor y descubrí el teléfono.

Volviendo a hacer uso del pañuelo, descolgué y marqué el número indicado. Sonó y sonó, y nadie se puso al otro lado del hilo telefónico. Colgué, fastidiado.

Me guardé el anuncio y luego medité sobre si sería conveniente o no avisar a la policía. Desde luego, John Jeffries aún no debía encontrarse lo suficientemente sereno como para soportarme de nuevo, habida cuenta cómo se puso cuando le descubrí la masacre de la casita de la playa y todo lo demás concerniente al asunto de Debra Barrymore. Por tanto, decidí dejarlo estar. Nadie me había visto entrar, que yo supiera, y ahora procuraría que nadie me viera salir.

Le dirigí una última mirada al muerto y, como en situaciones anteriores, fue incapaz de decirme algo más. Me encogí de hombros, le dije adiós y salí.

Cerré la puerta pensando que ya era hora de echarle unos cuantos alimentos al hambriento y rugiente estómago. Entonces fue cuando alguien, con muy mala idea, me echó una porra a la cabeza.

Perdí el apetito y el conocimiento.

CAPÍTULO VII

EL frío del agua me desveló. Regresé al mundo y a sus sucios problemas.

A quien primero vi fue al tipo elegante. Era de mediana estatura y algo regordete. Frisaría los cincuenta años, peinaba canas y su rostro presentaba una mueca de preocupación. Vestía un bien cortado traje de chaqueta, hecho a medida sin lugar a dudas, corbata a juego sujeta por un ostentoso alfiler, y camisa blanca impecable. Sus zapatos, negros, brillaban como diamantes.

Era un caballero, por eso me lanzó un salivazo que por poco me entuerta.

—¡Habla, cabrón! —me espetó, demostrándome que había estudiado en las mejores universidades.

No estaba maniatado, así que pude llevarme una mano a la cara y limpiármela someramente.

—¿Y de qué quieres que hable? —le repliqué—. ¿De tu podrida saliva?

Fue entonces cuando dos sombras se movieron. Eran dos tipos que daban las medidas clásicas del guardaespaldas o matón. Altos y corpulentos, con caras de muy pocos amigos. Uno todavía llevaba en la mano el balde cuyo contenido había arrojado sobre mí.

—¡Quietos! —ordenó el elegante.

—Gracias, buen hombre —forcé una sonrisa. Estaba sentado en una banqueta y ahora los dos guardias de corps se encontraban flanqueándome

—¡Habla ya, maldito «pesquisa»!

—¿Ya sabes que soy detective privado? Yo no sé todavía quiénes

sois vosotros.

—Eso no te importa.

—Me encuentro en desventaja.

—Así continuarás.

—¿Fueron estos simpáticos muchachos quienes me golpearon al salir del apartamento?

Ninguno de ellos respondió.

—Me parece que si no estás dispuesto a intercambiar información, no nos entenderemos.

—¡Tú lo has querido!

Yo no lo quería, pero ellos se empeñaron. Los dos matones cayeron sobre mí, agarrándome por los brazos. Yo forcejeé y la chaqueta comenzó a desintegrarse más todavía, si eso era posible. Uno de los fulanos me clavó la maza que tenía por puño en la boca del estómago, el otro me estiró de los cabellos como si de una pelea de mujeres se tratara...

Sólo me dejaron libres las piernas y eso fue lo que utilicé. Golpeé fieramente la espinilla del que me tiraba de los pelos. Gritó, aflojó y entonces yo me lancé hacia adelante. Supongo que se debió quedar con un puñado de mis cabellos, pues sentí un dolor horrible.

No importaba. El otro se vino conmigo, intentando frenarme. Los dos fuimos a chocar contra el elegante, empujándolo contra el morro del coche. Entonces fue cuando entraron en acción mis puños. El elegante no tenía ni media leche y quedó totalmente satisfecho con un guantazo que le puso la cara del revés, más colorada que un tomate.

El matón necesitó más. Mis puños se movieron veloces y certeros, castigándole el hígado principalmente. Se me quedó icterico perdido, mientras su compañero ya venía hacia mí rezumando odio y empuñando una porra.

Al verla y recordar el traidor ataque que había sido objeto al salir del apartamento de Tommy Carter, me enfurecí más y perdí los pocos modales que me quedaban. Mi pie derecho salió lanzado como un obús hacia sus ingles. Lo detuve en seco, y por unos instantes semejó una estatua, la porra en alto, los ojos agrandados, un pie en el aire... De pronto, se puso a aullar, conforme se encogía.

El otro parecía reponerse. Le clavó un codazo en el estómago y luego le envié un directo que estalló en su mandíbula bestialmente,

con crujido de huesos y todo. Se derrumbó en el suelo como un pesado fardo, con los ojos en blanco.

Me acerqué al de las pelotas dolidas y no me fue difícil hacerme con la porra. Percutí con ella el melón que tenía por cabeza y así supo lo que era bueno. Lanzó un débil gemido y se sumergió en las profundidades de la inconsciencia.

Giré sobre mis talones para encararme al elegante. Me había olvidado por completo de él, considerándolo el menos peligroso, y eso me costaba que ahora estuviera apuntándome con un revólver. Mi propio revólver.

Tenía el rostro rojo como la grana, pero la diestra armada firme. Estaba seguro de que sabía cómo utilizar mi treinta y ocho.

—No lleva silenciador —observé—. Si disparas, vas a organizar mucho ruido.

—No importa, maldito.

—Allá tú —me encogí de hombros, como si la cosa no tuviera importancia—. El que se va a quedar eres tú.

—Las puertas están cerradas y esta nave es muy grande. Las de al lado también me pertenecen y ahora no hay nadie trabajando. Estamos solos... y me las vas a pagar, Johnny Ryan —masculló fieramente.

—¿Cómo te llamas? Me gustaría conocer el nombre del que me va a facilitar el pasaporte para el más allá

—Willis.

—¡El simpático Willis!

—Nada de guasas.

—Como gustes. Anda, suelta ya el pildorazo.

—Antes quiero saber qué demonios hacías en el apartamento de Tommy Carter.

—¡Oh!, ya vuelves a las preguntas. ¿No ibas a matarme, simpático Willis?

—Contesta y tal vez...

—No te creo —le interrumpí—. Si quieres hablar como las personas, deja el revólver.

—¡Un cuerno! ¡Yo mando ahora!

—La gente se cree que porque tenga un arma en la mano ya puede hacer lo que quiera. No, simpático Willis, ésas no son maneras.

—Si te pones tonto, te haré sufrir como a un condenado —me amenazó—. ¿Quieres que te pegue un balazo en una rodilla... para empezar?

Un «tío» la mar de simpático, ya lo he dicho. En sus pupilas se podía leer el brillo asesino que anidaba dentro de su ser. Era capaz de hacerlo.

Me humedecí los labios con la lengua y repuse:

—Creo que podríamos intercambiar información.

—¡Aquí mando yo!

—Ya lo has dicho, pero podías tener la deferencia de satisfacer mi curiosidad. Por ejemplo, ¿fueron ellos quienes me sorprendieron? —señalé a los dos caídos e inconscientes matones.

El tipo no cometió la imprudencia de mirarlos.

—Sí —respondió.

—¿Y cómo me sacaron de allí?

—El clásico grupo de amigos, en el que uno de ellos es llevado por los otros porque está borracho como una cuba.

—¿Y de esa forma me trajeron aquí?

—Sí.

—¿Dónde estoy exactamente?

—Llevas ya demasiadas preguntas. Yo todavía no he formulado ninguna.

—Tienes razón. Escupe.

—¿Qué hacías en el apartamento de Tommy Carter?

—Quería hablar con él.

—¿Sobre qué?

—Sobre una joven que ando buscando

—¿Quién?

—Laura Gilbert,

—No la conozco.

—Es amiga de Dorothy Foster.

—¡Esa...!

—¿La conoces?

—Tommy Carter me la nombró en varias ocasiones. Estaba loco por ella.

—Eso tengo entendido. Las dos chicas han desaparecido.

—Y él está muerto.

—En efecto.

—Tú pudiste ser el asesino.

—No desvaríes, simpático Willis. Cuando yo llegué, el fiambre ya estaba servido.

—Eso lo dices tú.

—Y yo te digo la verdad. No conocía de nada a Tommy Carter ni tenía negocios con él. ¿Tú sí?

—Olvidalo.

—Yo ya he respondido a un cupo de preguntas. Ahora te toca a ti de nuevo.

—Se acabó el juego.

—No seas tramposo y ventajista, hombre. ¿Drogas, tal vez? —apunté, pensando en las palabras de Sandra.

El tipo me miró con una sonrisa perversa.

—Para lo que te va a servir la información... —murmuró—. Sí —reconoció—. Teníamos un negocio de drogas.

—¿Era tu distribuidor, acaso?

—Exacto.

—Y no sabes nada de su muerte.

—Eso es. Quiero averiguar quién lo mató. Cuando Frank y Peter llegaron allí, encontraron la puerta entreabierta. Frank se aventuró a pasar y te vio junto al cadáver de Tommy Carter. Salió, y los dos esperaron a que aparecieras para sorprenderte.

—Y me trajeron aquí.

—Antes se asomaron al apartamento. Iban a visitar a Tommy paja cobrarle el pago del último cargamento que le habíamos suministrado. Tommy empleaba ese apartamento como almacén. Pues bien: el almacén estaba completamente limpio.

—Ya habría vendido todo...

—Imposible. Se lo entregamos ayer: un kilo de heroína. Él tenía que convertir ahora eso en los clásicos sobrecitos que repartiría a sus vendedores callejeros, ya sabes, adulterando la droga para sacarle el mayor beneficio posible. ¡Le asesinaron para robarle!

Bien. Ahí tenía una nueva explicación para el asesinato de Tommy Carter. El robo de un kilo de heroína. Un buen móvil.

Justo en ese instante los matones comenzaron a dar señales de vida. Los dos se removieron en el suelo, dejando escapar extraños gruñidos.

—Ellos se encargarán de ti —sonrió el simpático Willis. Y ahora

sí los miró, instintivamente.

Esa era mi oportunidad.

Salté como un puma sobre su presa.

El tipo tuvo tiempo de disparar, pero la bala simplemente se limitó a hacerle aire a mis cabellos. Caí sobre él y le descargué un puñetazo en el rostro. Al mismo tiempo me preocupé con la otra mano de hacerme cargo de su muñeca armada. Ya dije antes que no tenía mucho aguante. No me fue del todo difícil domesticarlo, apoderándome de mi revólver.

El simpático Willis terminó sentado sobre sus cuartos traseros, con los labios partidos y la mano derecha como muerta, Pero aún tuvo fuerzas para gritar:

—¡Despertad, malditos! ¡A por él!

No hacían falta esas palabras. Ya los tenía encima. A uno le estrellé la culata del revólver en pleno rostro y al otro le introduje mi puño izquierdo en el estómago. Al mismo tiempo escuché el motor del coche al ponerse en marcha. El simpático Willis no se había estado quieto.

Los tres nos tuvimos que hacer a un lado para dejarle paso. Salió como una exhalación, arrasando una de las puertas. Los dos matones, al ver la fuga de su jefe, también echaron a correr.

—¡Quietos! —les grité.

No me hicieron caso y yo me sentí incapaz de dispararles por la espalda.

Abandoné el lugar hecho cisco. Ya en la calle, observé el cartelito que colgaba en una de las puertas: «Se alquila.» Entonces llegué a la conclusión de que el simpático Willis me había engañado, aquello no debía ser de su propiedad y posiblemente ni se llamara así.

Cuando alcancé una zona más habitable, los transeúntes me miraron como si fuera un pobre vagabundo. Incluso una, gentil ancianita se ofreció a acompañarme hasta la Asociación de los Desvalidos.

Preferí una cabina telefónica. Desde allí llamé anónimamente a la policía y denunció el asesinato de Tommy Carter. A continuación telefoneé al número del anuncio del periódico, sin ningún resultado positivo.

Me quedé unos minutos reflexionando, apoyada la espalda en

una pared Presentía que el anuncio encontrado en la mano de Tommy Carter debía tener que ver con la desaparición de las muchachas, pero lo malo es que sólo poseía un teléfono, un cadáver y una pandilla de traficantes de drogas estafados.

Chasqué la lengua, fastidiado. Me encontraba hecho polvo y hasta pensar me producía mareos. Observé que me encontraba en la West 75th Street, cerca de Amsterdam Avenue. Así pues, me hallaba a un tiro de piedra de casa de Silvia Thompson, mi cliente. Eran más de las cuatro de la tarde, por tanto, ella ya debía encontrarse en su domicilio. Desde luego, no tenía ningunas ganas de bajar hasta Greenwich Village en busca de mi coche. Ya iría más tarde, cuando hubiera recuperado fuerzas. Ahora necesitaba alguien que me alimentara y me cuidara un poco. Sylvia Thompson podía servir para ello, de paso sabría si había tenido alguna noticia de su hija.

Cuando llegué ante la puerta de su casa y pulsé el botón de llamada, por encima del timbre se elevó el grito desgarrado de una mujer.

CAPÍTULO VIII

ME lancé como un loco sobre la puerta, intentando derribarla. Sólo conseguí hacerme cisco el hombro. El cuerpo se me estaba quedando como para echarlo al final del día en el cubo de la basura.

El grito de la mujer se repitió y ya no dudé entonces en sacar mi revólver y pegarle dos tiros a la cerradura. Se organizó un escándalo en el rellano, pero eso me importó un pimiento.

Entré como un cohete. Conocía algo el piso, abrí puertas y crucé habitaciones. Finalmente di con mi cliente.

Mis ojos se salieron de las órbitas y creo que barboté un taco obsceno.

Sylvia Thompson se encontraba tirada sobre el suelo del comedor y sin necesidad de agacharme junto a ella pude observar las huellas que tenía en el cuello. Sus ojos poseían una fijeza espantosa y su lengua asomaba por entre la desencajada boca abierta. No hacía falta ser un lince para deducir que la acababan de estrangular.

¡Y el asesino aún debía encontrarse allí!

Corrí como un loco de un lado a otro, el revólver empuñado. En la cocina encontré una ventana alzada. La ventana que daba a la escalera de incendios.

Me asomé por ella.

Y pude verlo. Bajaba apresuradamente.

—¡Alto! —le grité, asomando también mi mano armada.

El fulano me oyó, pero no me hizo el menor caso. Le dio más velocidad a las piernas.

Yo estaba rabioso, con la sangre caliente. No era lo mismo disparar contra él que contra los matones del simpático Willis. Un cadáver pedía justicia.

Hice fuego, tirando a herir.

El balazo le alcanzó en un hombro, pero con tan mala fortuna que eso le provocó la pérdida del equilibrio y se vino abajo acompañado por un horrible chillido. Eran más de ocho pisos, fácil imaginarse cómo quedó.

No me preocupé de más y regresé al comedor. Me quedé contemplando con los dientes apretados el cuerpo sin vida de Sylvia Thompson.

¿Por qué?

Hasta mí llegaron las voces de hombres y mujeres que se movían allá afuera, temerosas de entrar. Hablaban de avisar a la policía.

Ahora ya no tenía escape, así que fui yo mismo quien telefoneó. Y pedí por el mismísimo John Jeffries. Más vale malo conocido que bueno por conocer.

Entretanto, yo me estuve quieto. Llevaba ya una idea en la cabeza y me dediqué a ella antes de que aparecieran curiosos y polis.

Me dirigí hacia el estante donde se encontraban amontonados periódicos y revistas. Escogí los primeros y comencé una revisión rápida. Finalmente hallé lo que buscaba. Uno de ellos, en su sección de anuncios, presentaba un ostensible recorte. Saqué el que llevaba conmigo y comprobé. Cuadraba.

La corazonada había sido buena. Laura había recortado aquel anuncio de las azafatas, el cual había aparecido en la mano de Johny Carter. Eso ya establecía un nexo de unión realmente interesante entre la joven y el vendedor de drogas.

Ahora sí que ya me senté y esperé, meditando sobre todo aquel embrollo.

* * *

—¿Te has hecho pro judío?

Esa fue la primera frase que me dedicó John Jeffries, teniente detective de la Brigada de Homicidios, cuando me tuvo ante él. Continuaba con el mismo agrio carácter de unas semanas atrás y la sucia verruga sin operar.

—¿Qué estupidez es ésta? —inquirí a mi vez.

—Has liquidado a un árabe.

—¿Cómo? —salté del asiento.

—El tipo de allá abajo, aunque ha quedado un tanto maltrecho, se nota que es un árabe. No sabemos aún quién, porque no llevaba encima ninguna documentación, pero es un árabe sin lugar a dudas.

—¡Un árabe! —exclamé, sin acabar de creérmelo aún. ¿Qué pintaba un árabe en todo este lío?

—Anda, perro husmeador, suéltame la historia. Y esta vez no me ocultes pruebas o pistas porque te juro que no te salva ni Dios.

—Yo no creo en Dios.

—Toma. Yo tampoco, pero queda bien nombrarlo de vez en cuando. ¡Soy todo oídos!

Le conté lo que me convenía. Sylvia Thompson era mi cliente y me había contratado para buscar a su hija Laura, de la que no sabía nada desde hacía unos días. Había estado husmeando por el Greenwich Village, pero sin ningún resultado efectivo, lo único conseguido fue una paliza propinada por unos gamberros, de ahí mi aspecto..., y ahora me había presentado en su casa con la intención de charlar más a fondo con ella, para ver si recordaba algo nuevo que pudiera ayudarme.

—¿Eso es todo? —me miró muy fijamente.

—Eso es todo —le aguanté la mirada, imperturbable.

—De acuerdo. Puedes retirarte. Todo el asunto queda a mi cargo ya.

—La desaparición de la chica no es cosa tuya.

—También. Considero que puede tener estrecha relación con el crimen de la madre —me sonrió.

—Está bien —me encogí de hombros, haciéndome el resignado—. Lleva cuidado, no se te indigeste.

Salí, dejando atrás a una nube de hombres formada por los peritos, fotógrafo, forense, periodistas, camilleros... Los curiosos de siempre se agolpaban unos en el rellano del piso, otros en el vestíbulo del edificio. Todos mostraban el mismo interés morboso.

Ahora sí que no tenía más remedio que ir a por mi coche. El apetito había desaparecido y una tremenda desazón me invadía. Me dirigí a la boca de metro de la West 75th Street y Broadway. Tomé el 1, el Broadway Local de la IRT, y con él llegué hasta Christopher Street, ya en el Village.

Mi Chevy continuaba en su sitio. Lo primero que hice, una vez estuve en casa, fue ducharme y cambiarme de ropa. Luego me serví un whisky doble —ése iba a ser todo mi alimento— y jugueteé con el anuncio de marras.

Decidí telefonar otra vez, pero, el resultado fue el mismo de anteriores ocasiones. Desde luego, por el indicativo o prefijo PL uno podía deducir sin mucho riesgo que el teléfono correspondía más o menos a la zona de Midtown, pero eso no servía apenas para nada. Había que hacer uso de las amistades, que para eso están.

Llamé a uno que trabajaba en los puestos directivos de la ITT y le rogué que averiguara a quién pertenecía dicho teléfono. Esperando que descolgaran podían pasar días enteros. Quedé en que a la mañana siguiente le llamaría de nuevo. No tenía excesiva prisa porque el resto de la jornada lo pensaba emplear en descansar.

A las ocho de la mañana, ya repuesto, fui a mi oficina, dos manzanas más arriba de mi domicilio particular. Tenía que asomarme por allí para ver si había correspondencia o si en el automático algún cliente se interesaba por mis servicios. El caso actual estaba cerrado para mí, económicamente hablando, pues Sylvia Thompson había muerto y ya no iba a poder pagarme.

Pero pensaba seguir adelante, en recuerdo de la asesinada.

La correspondencia se limitaba al anuncio de un nuevo producto contra la calvicie y en el automático sólo estaba grabada la voz de un gracioso resentido que me llamaba hijo de puta.

Me senté en el sillón y llamé al amigo de la ITT. Ya tenía lo que yo quería. El nombre del abonado: Julius Morgan. Dirección: 1590 Third Avenue, que no era la del número telefónico. Esta era: 134 East 58th Street, Joss Building, oficina 24 D.

Le di las gracias. Era más de lo que esperaba. Cuando salía del despacho, tropecé con un individuo.

—¿Johnny Ryan, el detective privado? —me preguntó.

—Sí.

—Me llamo John Gilbert —alargó su diestra.

CAPÍTULO IX

SE trataba de un hombre pulcro y elegante, que debía estar rondando los cuarenta años de edad. Cabellos castaños peinados hacia atrás, ojos oscuros y una boca ancha que al sonreír mostraba una perfecta dentadura postiza, como la de los galanes de cine.

—El teniente Jeffries me habló de usted —me dijo, una vez estuvimos acomodados en mi despacho.

—Y bien, ¿en qué puedo servirle, señor Gilbert?

—La verdad es que no sabía nada de lo ocurrido con mi hija Laura y quisiera que usted me contara directamente todo lo que le dijo Sylvia. Por eso he venido.

—Bueno, no hay mucho que contar...

—La última vez que vi a mi hija Laura la encontré como siempre. Con sus ideas un tanto extrañas, pero nada que delatara que pensara largarse del lado de su madre para siempre. ¿Está seguro que se fugó de casa?

—Yo no he dicho exactamente eso. La desaparición de su hija no está todavía clara. Puede ser una fuga, la clásica fuga del hogar como usted sugiere... o algo más.

—¿Un... rapto?

—Tal vez. O que esté metida en un grave lio, que le obliga a permanecer oculta.

—¿Qué pensaba Sylvia?

—Su ex esposa sólo pensaba que llevaba dos días sin saber de ella y eso le resultaba extraño y preocupante. Por ello me contrató.

—¿Y qué ha averiguado desde entonces?

—Comencé el trabajo ayer por la mañana. Como ve, sólo han

transcurrido veinticuatro horas. En ese tiempo apenas nada he conseguido averiguar.

—Ya. Desde luego, el asesinato de Sylvia le da un giro insospechado al asunto, caso de que tenga relación con la desaparición de nuestra hija. Posiblemente la teoría sugerida por usted hace un momento, ésa del grave lío, sea la que más visos de realidad tenga ahora, ¿no le parece?

—¡Hum! Puede ser.

—No parece usted muy dado a las explicaciones, señor Ryan.

—¿Por qué dice eso?

—No dice nada.

—Es que no sé nada.

—Tenga en cuenta que su cliente era mi ex esposa y que el trabajo que realizaba era la búsqueda de mi hija. Ahora, Silvia ha muerto, usted se ha quedado sin cliente y creo que es justo que yo sepa, como padre de la muchacha, lo que hasta el momento ha hecho usted.

Le miré fijamente, en silencio. Pensé si habría venido por cuenta propia o por sugerencia del pillo de John Jeffries para ver si así me sonsacaba más.

—¿Quiere contratarme? —le pregunté.

—No —respondió al momento—. Ahora ya la policía se encarga de todo.

Disimulé una sonrisita. Era cosa del zorro de Jeffries, seguro. Pero iba listo.

—Pues lamento no poder informarle de más, señor Gilbert —dije, poniéndome en pie para dar por finalizada la conversación—. Poco he podido hacer debido al escaso tiempo que he disfrutado. Ahora ya he cerrado el asunto, «dado que la policía se encarga de todo» —recalqué las últimas palabras.

John Gilbert comprendió la despedida y también se levantó. Los dos nos dirigimos hacia la salida.

—Voy con usted —le dije—. Tengo que hacer algunas cosas.

* * *

Julius Morgan vivía a todo tren, en un piso que podía servir de cobijo a toda una tribu amazónica. Y prueba de su buena vida es que el señor no se levantaba de la cama antes de las once de la mañana.

—Es un caso urgente —le insistí a la doncella, una mujer de mediana edad, rechoncha, que se mostraba remisa a la hora de molestar a su amo.

Tuve que rogárselo en varios idiomas —el de los billetes fue el que mejor comprendió— para que, al fin, accediera.

Unos minutos después apareció por el suntuoso salón un hombre alto, maduro, calvo, con aire somnoliento. Envolvía su enjuta figura en un batín de precio.

Me presenté. Él me observó con cierta perplejidad, como preguntándose qué demonios pintaba en su casa un detective privado y yo se lo aclaré enseguida.

—Tengo entendido que usted es el propietario de una oficina en el Joss Building y...

—No una, sino varias —especificó con orgullo, cortando mi explicación.

—Me interesa la 24 D —puntualicé a mi vez—. Parece ser que andan interesados en conseguir azafatas para una feria de muestras...

—¿Azafatas? —parpadeó, no supe en esos instantes si por culpa de la luz o por sorpresa.

—He estado telefoneando allí, pero nadie descuelga el aparato. Como me he enterado que es usted el propietario, he preferido venir aquí, a hablar personalmente con usted, ya que supongo que allí no debe haber nadie.

—¡Pero yo no me dedico a contratar azafatas! —me sacó de inmediato de la duda, alzando el tono de su voz, algo ofendido—. ¡No sé de qué me está usted hablando, señor Ryan!

—Mire este anuncio —le mostré el recorte de periódico—, Es el teléfono de ese despacho u oficina.

—No recuerdo ahora...

—Lo es —afirmé, rotundo.

—Pues bien. Será cosa de ellos.

—¿De quiénes?

—De los que lo han alquilado.

—Alquilado, ¿eh?

—Yo vivo de eso, señor Ryan. De las rentas que producen mis propiedades, conseguidas con el sudor de mi frente durante largos años de trabajo.

—Entiendo. ¿Y cómo es que nadie coge el teléfono?

—Tal vez esté libre.

—Sí, claro.

—Si no tiene inconveniente...

—En absoluto, señor Ryan. Pero me gustaría saber a qué viene todo esto.

—Estoy tratando de localizar a unas chicas. Hay indicios de que acudieran a la llamada de ese anuncio. Deseo confirmarlo, ¿comprende?

Comprendió. Y poco después charlaba telefónicamente con Charles Haskell, su administrador.

Era dueño de una voz grave. Una vez le hube explicado lo que quería, me rogó que aguardara un momento, pues debía consultar sus papeles.

—Sí, en estos instantes está libre —me confirmó al rato—. La última persona que alquiló la oficina fue una mujer. Señorita Joan Crawford. Firmó un contrato por seis meses, que es el mínimo, pero a la semana decidió largarse, aunque cumplió religiosamente con lo estipulado.

—¿Cuándo se marchó?

—Ayer por la mañana me devolvió las llaves.

—¿Me puede facilitar más datos sobre ella?

—Por supuesto. Me dio su dirección aquí, en New York. 140, West 88th Street.

—Joan Crawford me dijo, ¿no?

—Sí.

—¿Y cómo es ella? Puede hacerme una descripción, si es tan amable...

—La recuerdo perfectamente. Es una hermosa mujer, de unos veinticinco años. Pelo rubio platino. Ojos claros, verdes si la memoria no me falla. Es alta y con un excelente tipo. Tiene una curiosa peca sobre el labio superior, a la derecha mirándola de frente.

—Muchas gracias, señor Haskell.

—De nada. Saludos para el señor Morgan.

—Adiós.

Julius Morgan me acompañó luego hasta la puerta. Su semblante aparecía preocupado.

—Señor Ryan...

—¿Sí?

—¿Cree que... que puede tratarse de algún feo asunto, de... de algo fuera de la ley...?

—No sé. Voy a investigarlo.

—¿Me tendrá informado? Estoy dispuesto a pagarle sus servicios.

Le dije que sí. Bien. Ya iba a sacar algo por todo aquel embrollo.

Poco después me trasladaba hasta el 140 de West 88th Street que se encuentra entre Lexington Avenue y Third Avenue. El conserje era un hombrecillo con cara de ratón que leía ávidamente una cartelera de espectáculos.

Cuando le pregunté por Joan Crawford se me quedó mirando con una sonrisita.

—Ya murió.

—¿Muerta? —respingué—, ¿Cuándo?

—El año pasado.

—¡No puede ser! ¡La vieron ayer!

—¿Cómo que no? ¿Me quiere usted tomar el pelo? ¡Vino en todos los periódicos!

—No me interesan las actrices de cine —dije lentamente, resoplando después.

—Pues no conozco otra.

—¿Aquí no vive nadie llamado así?

—No, señor.

—¿Esta seguro?

—Sí, señor. Llevo cinco años en el puesto y nunca he conocido a ninguna inquilina así. ¡Ese nombre nunca se me hubiera pasado!

—Está bien. Tal vez usara otro.

A continuación le transmití la descripción que me había facilitado Charles Haskell.

El conserje hizo memoria y luego repuso:

—Con un lunar así sólo conozco a Anne Francis.

Era un entendido en cine, no cabía la menor duda, pero para lo que yo quería no servía.

—¿Es usted policía, señor? —me preguntó.

—No.

—Creí que sí. Tanta pregunta... ¿Quién cree que ganará este año

el Oscar a la mejor interpretación femenina? La cartelera ésta celebra un concurso y el premio es...

Le dejé con la palabra en la boca. Mi cerebro estaba ocupado con otra cosa. Pensaba que la sospecha de Julius Morgan tenía cada vez más visos de convertirse en realidad. La tal señorita Joan Crawford no existía, su nombre y su dirección eran falsos como un dólar de plomo, posiblemente hubiera usado documentación apañada, y sólo había estado una semana recibiendo a chicas que querían ser azafatas en una feria de muestras y ganar quinientos dólares por una semana de trabajo.

Solamente encontraba una explicación para ese tipo de comportamiento y para ese tipo de anuncio, algo que ya venía sospechando y que me producía escalofríos: trata de blancas.

CAPÍTULO X

CON el negro presentimiento de que había llegado a punto muerto, me trasladé al Joss Building. De todas formas, debía apurar todas las posibilidades. Sabía que allí no iba a encontrar a la señorita Crawford, o como diablos se llamara, pero tal vez hallara algo a lo que agarrarme.

El edificio tenía dos conserjes, dada su categoría. Uno se encontraba en aquellos precisos momentos fuera. El otro enseguida la recordó, se había fijado en ella, cómo no, estaba muy rica, según sus propias palabras, pero no me dijo más que el administrador Haskell.

—¿Podría ver el despacho? —pregunté.

—Tengo la llave por si a alguien le interesa alquilarlo y antes desea echarle una ojeada.

No tuvo inconveniente en dármele. No me acompañó porque no podía dejar abandonado el vestíbulo. Arriba encontré una oficina pequeña, funcional, nada del otro mundo. Todo parecía estar en su sitio, limpio y aseado. Comprobé que el teléfono coincidía. Por más que registré no hallé nada significativo.

Bajé en el ascensor componiendo más o menos lo que debía haber sucedido. Laura y Dorothy debían haber acudido a la llamada del periódico y picado. Sobre todo no era extraño en Dorothy, que al parecer buscaba trabajo para alejarse de la pandilla callejera. Tommy Carter, insistente moscón, tuvo que enterarse de algo y eso le costó la vida así como la pérdida de un kilo de heroína. Pero había dejado una pista en su mano. Muy poco y demasiado tarde. Ahora bien, ¿cómo sabían esos tratantes en blancas que poseía

droga para robársela? Bueno, al registrar el apartamento podían haberla descubierto. Pero no, no había señales de violencia.

Y por si esto fuera poco: ¿dónde encajaba la muerte de Sylvia Thompson a manos del árabe?

Hecho un lio llegué de nuevo al vestíbulo. Ahora ya estaba allí el otro conserje. El que conocía ya le había explicado lo que buscaba. Aproximadamente me contó lo mismo que su compañero. Pero agregó algo más:

—Muchas veces quería observarla más largamente porque valía la pena, ¿sabe, amigo? Y salía a la calle. Precisamente anteayer la vi reunirse con un hombre junto a la parada de taxis.

—¿Cómo era él?

—No lo sé, amigo. Estaba de espaldas a mí. Lo que sí pude observar, es que estuvieron charlando un par de minutos y que luego él cogió un taxi. La verdad es que apenas tuve ojos para él. La chica se marchó andando calle arriba, con un contoneo que ya, ya...

Los ojos le brillaban explicándomelo. Les di las gracias por todo y salí a la calle. La parada de taxis se encontraba justo en la acera de enfrente.

Me paseé por la larga fila de automóviles amarillos soltando la descripción de la falsa Joan Crawford. No tenía muchas esperanzas, pero tratándose de una mujer tan llamativa podía dar resultado.

—¡Ye sí la recuerdo! —exclamó el cuarto interrogado, un hombre bajito y grasiento—. ¡Vaya si la recuerdo!

—Un bombón, ¿eh? —comenté para congraciarme más. Incluso le guiñé un ojo.

—No le quité ojo mientras hablaba con el tipo aquel. Lo hicieron delante de mí. ¡Qué tipazo tenía la condenada, oiga!

—Seguro que era ella, ¿Fue usted quien llevó en el taxi al hombre?

—Sí, sí.

—¿Recuerda adónde le llevó?

—Pues... sí. Era un fulano que llamaba también la atención, ¿sabe?

—¿Por qué?

—Por sus especiales rasgos faciales y su forma de hablar.

—¿Qué quiere decir? —arqueé una ceja.

—Era un árabe.

CAPÍTULO XI

—¿PREGUNTA usted por el señor Omar?

—Ese debe ser su nombre. ¿Viven acaso aquí más árabes?

—No, señor.

—Entonces, él es.

—Piso cuarto, puerta quince.

—Gracias.

Abandoné la portería, dejando en ella a una mujer oronda que hacía ganchillo, y subí en el ascensor hasta el piso indicado. No era un edificio moderno ni tampoco lujoso, para clase media más bien, levantado en la East 3th Street, cerca de Bowery.

Me abrió la puerta un hombre cuya fisonomía coincidía con la descrita por el taxista.

—¿El señor Omar?

El tipo me dedicó unos segundos de observación silenciosa y luego respondió:

—Yo soy.

—¿Puedo pasar, por favor?

—Aún no me ha dicho usted quién es ni lo que quiere.

—Me llamo Johnny Ryan y quiero hablar de mujeres.

El árabe frunció el ceño.

—No le entiendo —murmuró, un poco confuso.

—Me interesan principalmente las rubias platino —le aclaré.

—Usted debe ser uno de esos locos que andan por ahí sueltos.

¡Váyase o llamo a la policía!

—Hágalo —le desafié.

—¡Al cuerno! —barbotó, yendo a cerrar la puerta.

Puse el pie y luego empujé hacia adentro. Adivinaba que una conversación como personas educadas no iba a conducirme a nada. De todas formas, me limité a pasar y cerrar la puerta. Él había retrocedido y se llevaba la mano derecha a la axila con muy malas intenciones.

—Si saca un arma, ya no verá nunca más el río Nilo —le avisé, mostrándole mi revólver.

El tal Omar se estuvo quieto, como los buenos chicos. Le eché un rápido vistazo al apartamento, de lo más vulgar, sin nada destacadle, tras apoderarme de su pistola. Faltaba ventilación y una capa de polvo lo cubría casi todo.

Al pasar, uno entraba ya prácticamente en el living, que comunicaba con las restantes habitaciones gracias a tres puertas. Las abrí, sin perderle de vista. No había nadie más. Estábamos solos.

—Bien, amigo —sopesé mi revólver en la mano—. Hablemos de una rubia platino que se hace llamar Joan Crawford.

—No sé de qué habla.

—Si se hace el loco, lo pasará mal.

—No me asustan los tipos como usted.

—¿Sí?

No dije más. Sonriendo, le estrellé la culata del revólver y le partí los labios.

—No estoy para juegos ni para bromas —dije seguidamente—, Han muerto varias personas y otras han desaparecido. Estoy decidido a llegar hasta el final del asunto, cueste lo que cueste, caiga quien caiga.

El árabe se enjugaba la sangre con un pañuelo. Me miró con una mezcla de temor y odio.

—Usted conoce a la mujer que yo busco. Le han visto con ella. Vamos, hable.

Permaneció silencioso como una tumba.

—¿Quiere que pierda la paciencia? Con ello sólo conseguirá salir malparado de ésta. Está atrapado, Omar. Y yo estoy sobre la buena pista. Este es un feo asunto de trata de blancas. El que haya árabes por medio ya indica el lugar de destino de esas infelices, jóvenes mujeres blancas que llenaran los Harenes de los ricos jeques. Conozco el truco del anuncio del periódico, buscando azafatas para

una supuesta feria de muestras. Ahora; quiero conocer al completo la historia. Quién es realmente esa rubia platino y dónde están las chicas..., si es que todavía puedo salvarlas.

El tipo me escuchó muy atentamente, pero siguió sin despegar sus maltrechos labios.

—¿Hable... o prefiere que ensaye otros golpes con usted? —agregué, impaciente.

—¿Quién es usted? —abrió al fin la boca, componiendo una mueca de dolor—. ¿Policía?

—No. Detective privado.

—¡Detective privado! —exclamó—. ¿No será el que mató a...?

—Sí —le atajé, creyendo que así le asustaría más y se decidiría a hablar claro.

Los ojos del árabe parecieron salirse de las órbitas. De pronto, se abalanzó sobre mí como un toro ciego, exclamando:

—¡Usted asesinó a mi hermano...!

No hizo falta que yo interviniera. En ese momento saltó la puerta de entrada al piso y aparecieron dos tipos repartiendo la muerte.

CAPÍTULO XII

UNA lluvia de abejorros de plomo arrasó el living y cortó en seco la loca carrera del árabe, quien primeramente se convulsionó al impacto de las balas y luego se derrumbó pesadamente sobre una butaca.

Para entonces yo ya me había lanzado por encima del largo sofá, cayendo al otro lado y así protegiéndome de la andanada. Mi revólver tronó un par de veces, tirando un poco al albur y organizando un monumental ruido.

—¡Vámonos! —escuché a uno de ellos. Los dos portaban pistolas con silenciador acoplado—, ¡Ornar ya se ha llevado lo suyo!

Dejé correr un par de minutos más antes de asomar de nuevo la cabeza. Al final lo hice, tomando toda clase de precauciones. Efectivamente, se habían marchado. No contaban con mi revólver y el miedo a los curiosos y a la policía, atraídos todos por mis disparos, les había hecho huir. De todas formas, parecían haber cumplido su misión: cargarse al árabe.

Me acerqué a él y entonces comprobé que todavía le quedaba un poco de vida.

Me miró muy apagadamente.

—Esos... traidores... me... me han... pagado con con... plomo...

—¿Quiénes son? ¿Dónde puedo encontrarlos?

Me dio una dirección. Y ese esfuerzo le costó la vida

—Lo siento —le dije, corriéndole los párpados.

Crucé ante un grupo de vecinos que se apartaron como si tuviera la lepra. Abajo, en el portal, sólo encontré el ganchillo de la portera, tirado por el suelo, la oronda mujer se hallaba en mitad de la calle,

los brazos extendidos al aire, pegando gritos:

—¡Policía! ¡Gangsters! ¡Policía! ¡Gangsters!

El revuelo de la calle me ayudó a escapar más fácilmente. Llegué hasta mi Chevy y enfilé rumbo hacia el condado de Bergen, al otro lado del Hudson River. La dirección correspondía a una casita alzada en Henry Hudson Drive, bastante apartada de otras construcciones y a escasos metros del río.

Por el camino no había hecho otra cosa que preguntarme qué me encontraría. Cuando llamé a la puerta y ésta se abrió, lo supe. Una mujer morena, escultural, de unos veintitantos años, que preguntaba:

—¿Cómo os ha...?

No terminó. Se me quedó mirando muy sorprendida. Poseía unos bonitos ojos negros.

—Hola, encanto —saludé.

El lunar que ostentaba sobre el labio superior era toda una declaración jurada para mí.

CAPÍTULO XIII

—¿QUIÉN eres?

Había pensado que no me convenía dar la cara y sí actuar con astucia. Tal vez así la pudiera sonsacar sin tener que mostrarme desagradable, como me había sucedido con el árabe.

—Eso digo yo —repuse—. Esperaba encontrarme a otras personas. A dos conocidos.

—Me llamo Glenda.

—Yo soy Johnny. ¿No están ellos?

—¿Te refieres a Burt y Larry?

Había picado. Ya sabía los nombres.

—Sí.

—No. Aún no han venido. En un principio creí que eran ellos.

—¡Ah!

—¿Y tú qué quieres?

—Charlar con ellos. Negocios, ya sabes.

—Está bien. Pasa.

—Gracias, preciosa.

Entré y ella cerró la puerta. La seguí por un estrecho corredor, observando el balanceo de sus caderas.

—El negocio va bien, ¿eh? —comenté.

—Sí.

—Lo de las chicas, ¿no?

—¿Lo sabes?

—Burt y Larry son buenos amigos míos. Hemos trabajado juntos en algunos asuntillos —solté una risita perversa, de malo de película.

—No había oído hablar de ti. Johnny... ¿qué más?

—Fargo —le mentí. No quería arriesgarme tal como se desarrollaban las cosas.

—¿Como aquel de las diligencias?

—Eso es, encanto.

—Anda, siéntate.

—¡Oye, que banqueté!

Nos encontrábamos ya en el comedor. Sobre la mesa había varias botellas de champaña, canapés y toda clase de tonterías para picar.

—Hoy es un día especial —me explicó—. Y lo vamos a celebrar. Ya está todo listo.

—¡Ajá!

—Ellos iban a cobrar, después a resolver un pequeño problema —pensé en Omar, el desdichado árabe, buena se la habían jugado, rellenándolo de plomo, menudo pago—, y por último vendrían aquí.

Era extraño, pues, que yo hubiera llegado primero. En algún lado debían haberse entretenido. ¿Donde? ¡Bah, qué importaba! Lo que me interesaba era...

—Por todo lo que hay aquí, el negocio debe haber sido redondo.

—Sí. Los árabes pagan bien.

—¿Tenéis contactos?

—Nos hemos valido de dos pobres diablos. Dos hermanos árabes. A uno le mataron ayer y al otro... —se interrumpió, pero yo comprendí—. ¡Bueno! ¡Me estoy poniendo nerviosa! ¿Qué estarán haciendo esos pijos?

—A lo mejor están buscando una amiguita para formar parejas.

—¡Qué va! ¡Me basto yo sola! ¡Todavía podría satisfacer a dos más!

—Sí, las mujeres tenéis una gran capacidad...

—Los hombres os arrugáis enseguida.

—Pero volviendo al tema de las chicas...

—¡Oh, dejemos eso! —se acercó a mí. Sus ojos despedían chispitas da lujuria—. Vamos a empezar la fiesta tú y yo, ¿qué te parece?

No me dejó opinar. Se volcó sobre mí como una tigresa en celo y los dos caímos a lo largo del diván. Allí la cubrí de besos y

mordiscos, oyendo sus ininterrumpidos gemidos, notando los espasmos de su cuerpo conforme mis caricias eran más atrevidas.

De pronto, rodó al suelo, escapando de mi cerco. Yo ya me había olvidado del asunto de las chicas. Vi como se ponía a gatas sobre la alfombra, semidesnuda.

Y rugió:

—¡Vamos, atácame!

Caí sobre ella, presa ya del deseo, sintiendo la urgente necesidad de poseerla. A pesar de estar envueltos por un loco frenesí, escuchamos el portazo.

Y las voces.

Todo eso me inmovilizó.

—¡Sigue! ¡Sigue! —chilló ella, desesperada.

Yo empecé ya a ocupar mis manos en otras cosas. La diestra buscó el revólver en el bolsillo de mi chaqueta y la zurda se deslizó por sus morenos cabellos para evitar que girara la cabeza.

Sabía lo que me jugaba.

—¡Continúa, maldito! —insistió Glenda, la ex rubia platino, también ex señorita Joan Crawford—. ¡Ellos comprenden estas cosas y no se enfadan! ¡No has de temer! ¡Se unirán a nosotros, ya verás!

Seguí sobre ella, para que callara. Y entonces aparecieron Burt y Larry.

Uno de ellos entraba riendo y diciendo:

—Nena, nos hemos comprado unos polvos que...

El otro aulló:

—¡El tipo que estaba con Omar!

No comprendieron y sí se enfadaron. Echaron mano de sus pistolas, dispuestos a unirse a nosotros... mediante el lenguaje del plomo.

CAPÍTULO XIV

GLENDIA se puso a chillar como una loca, y sus chillidos se confundieron con los truenos de mi revólver. Burt y Larry no pudieron hacer nada. Cayeron fulminados, con las armas empuñadas y la sorpresa del trágico final reflejada en sus ojos.

Todo sucedió con enorme rapidez, pero cuando terminó la situación ya no era la misma. La mujer había pasado del gozo a un llanto histérico. Yo me dejé vencer totalmente sobre ella, aplastándola con mi peso, roto por la tensión vivida en pocos segundos. Ya no valían disimulos.

—Nena... —susurré.

—¿Sí?

Primero le apoyé el cañón humeante de mi revólver en la sien. Luego, le dije lo que quería:

—Vas a contármelo todo, ¿verdad?

* * *

Lo iba a hacer, ahora ya tranquilos y serenos, en el interior de mi coche, a un kilómetro más o menos del lugar de los acontecimientos narrados anteriormente. Allí habían quedado los cadáveres, el champaña y los canapés.

—Empieza —le invité.

—No sé por dónde comenzar.

—Yo te ayudaré. ¿Cuántos formáis la banda de trata de blancas?

—Éramos nosotros tres y... y los dos árabes.

—¿Cuál era el cometido exacto de los árabes?

—Ellos nos consiguieron el contacto.

—¿Qué contacto?

—La persona que se haría cargo de la mercancía.

—Y os la pagaría también, imagino.

—Sí.

—¿Quién es esa persona?

—El capitán de un barco petrolero que hay anclado en el puerto.

—¿Qué barco?

—El Yusef III.

—Ya entiendo. Trae petróleo y se lleva mujeres.

—Según me contaron los árabes en una ocasión, un barco petrolero es la mejor garantía para cualquier clase de contrabando. Dada la escasez de petróleo en los países occidentales, se considera al barco petrolero algo así como el maná y muchas veces disfruta de ciertos privilegios o despistes, como se quiera ver.

—Bien. Eso está claro. Vayamos con el negocio exactamente. Tú te hiciste pasar por una tal Joan Crawford, rubia platino de ojos claros, y alquilaste una oficina en el Joss Building. Al mismo tiempo habíais pagado un anuncio en el periódico. ¡Este! —se lo mostré.

—Cierto —reconoció.

—Recibíais a las chicas, ¿y qué?

—Primeramente me fijaba en su aspecto físico. Si daba la medida, pasaba a estudiar su cuadro familiar. Escogía chicas sin familia, al menos que no tuvieran familia aquí, en New York...

—¿Y si no cumplía los requisitos?

—Le daba cualquier excusa y la despedía.

—Cuando los cumplía, ¿qué?

—Burt se encargaba de acompañarla y llevarla hasta el lugar donde se reuniría con sus compañeras para que fueran trabando amistad y recibieran un breve cursillo de orientación sobre la feria de muestras

—Pero eso no era verdad.

—No. Burt las traía ahí, a la casa que hemos abandonado. En ella se encontraba Larry, que era quien las vigilaba.

—Y desengañaba, ¿no?

—En efecto.

—¿Cuándo las entregasteis?

—Hoy, al amanecer. Burt y Larry se encargaron de todo. Mi trabajo terminó el otro día.

—¿Y los árabes?

—No teníamos pensado repartir con ellos, sino eliminarlos, una vez el dinero en nuestros bolsillos, para que el capitán del barco no pudiera volverse atrás, caso de que se enterara antes. Pero uno de los árabes murió ayer...

—¿Cómo? ¿Por qué? —me hice el loco.

—La otra tarde tuvimos un serio problema con una de las chicas.

—¿Por qué?

—Nos amenazó. Dijo que la policía vendría a por nosotros, que nos cogerían a todos...

—¿Y?

—La obligamos a ser más clara. Esa confesión, en un momento de histeria, nos preocupó.

—¿Cantó?

—Sí. En seguida que la abrimos de piernas y vio a los árabes, le entró diarrea. Nos dio el nombre y dirección de una amiga suya. Esta sabía que había acudido al anuncio del periódico y en cuanto la echara en falta...

—Entiendo.

—Nosotros, tras algunas discusiones, decidimos entonces dar por finalizado el negocio, aunque aún no habíamos llegado al cupo. Yo me encargué de eso. También decidimos eliminar a la amiga, por si las moscas...

—Y uno de los árabes salió elegido para cumplir la misión...

—Exacto.

—Y cayó muerto.

—Por lo que pudieron enterarse Burt y Larry parece ser que mató a la madre de la muchacha. Y fue muerto por un detective privado que buscaba a la joven por orden de su madre.

—Entonces, ¿no sabes nada de esa joven?

—No. Como la daban por desaparecida, optamos por olvidarnos de ella. Los árabes habían sido los principales instigadores del exterminio total de posibles testigos, pero como uno de ellos había muerto, el otro se volvió atrás. Iba a ser muy difícil dar con la chica desaparecida, así que lo mejor era tomar el dinero y largarse.

—Y llegamos a hoy. Burt y Larry entregan la mercancía, cobran, visitan al árabe vivo y le matan, los muy estúpidos se entretienen comprándose unos polvitos calzaburras para la «fiesta» y... y aquí estamos.

—¿Quién eres, en realidad?

—Un detective privado.

—¿No serás el que...?

—El mismo.

—¡Oh!

Ahí quedó cortada la conversación durante unos segundos. De nuevo tomé la palabra.

—Ahora hablemos de nombres, encanto, para dejarlo todo bien claro. ¿Cómo se llama la chica que os amenazó?

—Dorothy Foster.

—¿Y la amiga de ésta?

—Laura Gilbert.

—Okay, Todo encaja.

—¿Qué... qué vas a hacer? — preguntó con cierto temor.

—Primero sigamos jugando a los nombres, preciosa. Tommy Carter,

—¿Qué dices?

—¿No conoces a Tommy Carter?

—No, no conozco a nadie llamado así.

—Ni te interesa la droga.

—¡Jamás me he pinchado! Sólo he fumado algún porro. Prefiero el sexo.

—Y no sabes nada de Laura Gilbert.

—¡Ya te he dicho que no!

—Muy interesante.

—¿Qué piensas?

La miré fijamente y respondí:

—Pienso que aquí hay gato encerrado.

—¡Ye he dicho todo lo que sé!

—¿Y todo lo que sabes es todo lo que tú y tus compinches habéis hecho?

—Sí. No te he engañado ni ocultado nada, Johnny. ¡Lo juro!

—Entonces, alguien más debía saber lo del anuncio. Alguien que mató a Tommy Carter para robarle la droga y dejó el anuncio para despistar las investigaciones.

—No te entiendo.

—Yo sí me entiendo.

—¿Quién es Tommy Carter? ¿De qué droga hablas?

—Sería muy largo de contar.

—Cuéntamelo.

—Tommy Carter era un distribuidor de droga. Al parecer estaba colado por Dorothy Foster. Esta había roto con la pandilla a la que pertenecía y buscaba trabajo, cayendo en vuestras redes. Laura Gilbert, su amiga, recortó de un periódico el anuncio de las azafatas. Este apareció en la mano de Tommy Carter, el cual estaba muerto, asesinado. Y las dos muchachas desaparecidas. Ahora ya sé dónde está Dorothy Foster. Pero, ¿y Laura? Claro que...

—¿Qué?

—Tal vez ella haya sido la promotora de todo este tinglado. Ella recortó el anuncio del periódico, ya que sabía adónde había ido su amiga Dorothy, y aprovechó eso para complicar la muerte de Tommy Carter. Pero, caso de que sea ella la culpable, ¿dónde se puede haber metido con un kilo de heroína?

Glenda me miraba como si estuviera tocado de la cabeza.

—Creo que va a ser cuestión de regresar adonde empecé —seguí diciendo.

Puse el coche en marcha y partimos.

—¡Eh! —exclamó ella al momento—, ¡Estarlos volviendo a la casa!

En efecto, así era. Para seguir moviéndome con libertad debía desembarazarme de ella, pero al mismo tiempo no podía permitir que escapara, ni ella ni los malditos árabes del Yusef III, y por otro lado tampoco quería que la policía me entretuviera con sus interrogatorios.

La tuve que llevar a rastras hasta la casa, a la cual nadie se había llegado, lo que me hizo deducir que los disparos no habían sido escuchados.

—¡Estás loco!

No le hice caso y la até tuertamente a un radiador; Después descolgué el auricular del teléfono y marqué el número de la policía.

Estaba Jeffries

—¿Qué hay, perro husmeador? ¿Has matado a más gente?

—¿Cómo lo has adivinado?

—¿Qué dices, maldita sea tu estampa? ¡No puedes estar hablando en serio!

Le dije que se pasara por la dirección de Henry Hudson Drive y lo comprobara.

—También encárgate de que un petrolero árabe anclado en el puerto, llamado Yusef III, sea registrado a conciencia antes de partir. Lleva escondido un lote de chicas blancas para vender a los jeques de aquellas tierras.

—¿De dónde sacas todo eso? ¿Qué tiene que ver con lo de Laura Gilbert?

—Ya te lo contaré con más calma cuando nos veamos.

—¿Tiene alguna relación con aquel árabe que...?

—Sí —le interrumpí.

—¡No te muevas de ahí, maldito, que ya voy!

—Okay. Te espero fumando un cigarrillo.

Colgué. Encendí un cigarrillo. Le di un cachetito en la mejilla a Glenda. Y me fui.

CAPÍTULO XV

EL patilargo de la barra abrió unos ojos como platos al verme de nuevo por allí.

—Hola, cerdo —le saludé, tomando asiento en un alto taburete y alargando la diestra para cogerle por la camisa.

El local estaba en penumbra, se proyectaba una nueva peliculita porno de dibujos animados, en esta ocasión una versión muy libre de La Cenicienta, y los clientes se encontraban la mar de entretenidos.

—¡Oiga...! —fue a protestar con algo de energía.

Apreté con fuerza y lo atraje hacia mí, restándole aire. Y agregué con voz sorda:

—Dime dónde puedo hallar a Los Perros Rojos o a la chica llamada Sandra. Y esta vez nada de llamadas telefónicas a mis espaldas... o no vuelves a escanciar un vaso en toda tu puta vida. ¿Oíste?

—Yo...

—¿Qué? —mi aliento le dio en las narices,

—Aquello lo... lo hice por... por orden de... de ella... de Sandra...

—Okay. Está olvidado. Dime dónde están. ¿Se encuentran, acaso, en el local?

—Ella..., ella está aquí.

—Muy bien. Me sirve, ¿Dónde?

—En los reservados del fondo. Ocupa el número tres, con unos amigos.

—Gracias.

Lo solté, le di un pellizco en la nariz y me alejé. La puerta del reservado número tres estaba cerrada por dentro; lo comprobé al mover la manija. Pero era una fina hoja de madera que poca resistencia podía ofrecer a mis hombros. Eché una mirada a mi alrededor: el personal reía de lo lindo viendo al príncipe probar a todas las jóvenes de la región para ver en cuál de ellas se ajustaba su miembro. Entonces decidí poner a prueba la puerta y no fallé en mis presentimientos.

Saltó la cerradura. Entré como un huracán.

El ambiente que allí dentro se respiraba tumbaba de espaldas. Un denso humo lo envolvía todo. Los cuatro jóvenes se encontraban sentados en el suelo, formando corro, fumando sus porros con una extraña ceremoniosidad. Uno de ellos era precisamente Sandra.

—¡Oye, tío! —tronó uno de los muchachos, el de pelo lacio, negro como el azabache—. ¿Quién eres tú?

—¿A qué viene esto? —exclamó la otra chica que no tenía el gusto de conocer. Era una pelirroja con mucha delantera y anchas caderas.

—¡Lárgate, payaso! —chilló el otro muchacho, larguirucho y de nariz aguileña.

—No me voy a largar, pandilla —dije—. He venido a hablar con ella —señalé a Sandra—, y no me iré hasta hacerlo.

—¿Tú le conoces, Sandra? —le preguntó el de pelo lacio.

—Sí.

La respuesta de Sandra pareció calmar un poco los ánimos de los otros tres.

—Vosotros sobráis —dije yo.

Ellos miraron a Sandra.

—Salid —dijo ella.

Obedecieron en silencio, dejando allí los cigarrillos de hierba.

—Johnny, ¿qué haces aquí? —me preguntó entonces ella.

—Han sucedido cosas, encanto.

—¿Has encontrado a Laura?

—No.

—¿A qué te refieres, entonces?

—Ha aparecido Dorothy.

—¡Oh!

—Y ella no tiene nada qué ver con Laura. Fue raptada mucho

antes por una banda de tratantes en blancas.

—No..., no te entiendo.

—Parece ser que no he hecho más que el idiota.

—Sigo sin comprenderte.

—Tommy Carter estaba muerto.

Ella se quedó de una pieza.

—¿Cómo? —balbuceó. La observé bien y me pareció que era la primera noticia que tenía.

—Estaba muerto, asesinado. Y le habían robado un kilo de heroína.

—¿Laura?

—Es una posibilidad, pero eso tendrás que aclarármelo tú.

—¿Yo?

—El camino de Dorothy Foster no lleva a ningún lado..., no sirve al menos para encontrar a Laura. Ya te dije que ella desapareció antes que Laura. Entonces pudieron suceder dos cosas: que Laura pensara robar y matar a Tommy Carter, dejando en su mano el recorte de periódico en el que se ofrecía empleo de azafatas de feria de muestras...

—No comprendo. Todo eso es nuevo para mí.

Se lo expliqué con mayor detalle. Luego agregué:

—O alguien se aprovechó de Laura, alguien allegado, desde luego, haciendo todo lo que antes le he achacado a ella.

—¿Adónde..., adónde quieres ir a parar?

—Eres tú quien me lo ha de decir. Si Laura es la culpable, dime dónde puede estar escondida, adónde puede haber ido. Si se aprovecharon de ella, quién o quiénes.

—Johnny, te dije todo lo que sabía.

—Puede ser. Pero debe haber algo más. Creo que el móvil de todo este follón era el kilo de heroína. ¿Era Laura tan adicta o ambiciosa para cometer un asesinato?

—No. Imposible.

—Algo así pensaba. ¿Quién, entonces?

Ella palideció.

—¿Estás imaginando lo mismo que yo? —le pregunté con una sonrisa.

No pudo contestarme. Por la puerta entraron dos tipos, a los que conocía sobradamente; Los dos matones del simpático Willis, el

tráfico de drogas.

Cada uno empuñaba una cachiporra.

CAPÍTULO XVI

—¡TÚ! —exclamaron al unísono, totalmente sorprendidos.

—¿Qué hacéis aquí, bastardos? —mascullé—. Nadie ha pedido un masaje de cachiporra.

—Queremos hablar con Sandra.

La joven retrocedió, asustada.

—No... —musitó.

—Sí, nena —cabeceó uno de ellos—. Han sucedido cosas muy interesantes en las últimas horas.

La muchacha me miró con rostro pálido y ojos dilatados por el miedo.

—Me prometiste que..., que...

—Y he cumplido —dije, sereno.

—Tú pareces conocerlos, Johnny.

—Me los tropecé en el apartamento de Tommy Carter. Pero nada más.

—Iremos a charlar a un lugar tranquilo, ¿eh, Sandra, preciosa?

—Anda, vamos.

—¡No dejes que me lleven, Johnny! —gritó, desesperada, llena de terror, posiblemente recordando todas las historias que sabía acerca del comportamiento de los traficantes de droga.

—No te van a llevar —dije con voz muy segura, provocando un silencio de varios segundos.

Los dos tipos me miraron con mala cara. Uno de ellos blandió la porra, apuntándome con ella:

—Cuidado, detective de mierda. Esta vez no te saldrás con la tuya.

—El jefe está muy enfadado contigo —agregó el otro.

—Más lo estará cuando solucione este puerco asunto y lo denuncie.

—¡Tiene mala sangre el tipo! —barbotó uno.

—¡Hagámosle entrar en razón! —chilló su compinche.

Los dos fulanos movieron a una sus humanidades y sus cachiporras.

No tuve más remedio que hacerme a un lado, si no quería dejar que confundieran mi cabeza con un tambor. Además, entrar en razón a base de golpes es una cosa muy fea. Luego no dices más que estupideces.

Atrapé la muñeca de uno y lancé un patadón al bajo vientre del otro. Mi puño derecho se estrelló contra las fosas nasales del primero, convirtiéndoselas en un manantial de sangre, mientras su compañero quedaba frenado y encogido por unos instantes.

A continuación le retorcí la muñeca y le obligué a entregarme la cachiporra.

El otro, ya repuesto, venía hacia mí. La cachiporra le alcanzó entre los ojos y entonces se acordó de mi madre de una forma que no me gustó nada. Nuevo cachiporrazo y ahora sí que ya no dijo ni pío. Se desplomó completamente inconsciente, midiendo con su estatura el suelo.

Su compinche se encontraba acurrucado en un rincón, el rostro convertido en una máscara de sangre bastante desagradable y la mano derecha colgando como si estuviera muerta. Le agarré por los cabellos y le obligué a mirarme. Un chorrito de sangre se deslizaba por sus labios y barbilla para luego saltar al vacío.

—¿Qué queríais de Sandra? —le pregunté.

—No... nos enteramos por... por una colaboradora nuestra que..., que anoche ella y... y unos amigos celebraron una... una orgía por todo lo alto... La droga corrió en abundancia... Heroína de la buena... No de la que luego... los distribuidores adulteran para... para sacar mayores beneficios... ¿Entiendes?

¡Claro que entendía!

—Sigue —le ordené.

—Queríamos... queríamos saber de dónde... de dónde la habían sacado...

Lo solté y me encaré a la atemorizada Sandra.

—¿Me has engañado, nena? —pregunté con los dientes apretados.

—¡No, Johnny!

—¿Entonces...?

—Esa heroína nos la proporcionó Clark.

CAPÍTULO XVII

EL club social de Los Perros Rojos era una deshabitada planta baja en la Jane Street, junto a un solitario y sucio solar que olía a cien mil diablos, no muy lejos del callejón donde había sido asaltado.

Llegué allí siguiendo las indicaciones de Sandra, a quien aconsejé que llamara a la policía, al teniente detective John Jeffries de la Brigada de Homicidios, y le fuera contando todo aquel corrompido asunto, y de paso se liberara de una vez por todas de aquella gentuza que los aterrorizaba con su violencia y los dominaba con su droga. Yo prometí ayudarla porque estaba decidido a que cayera el simpático Willis, el pez gordo. Imaginaba que los de la Narcotic Squad se pondrían muy contentos, pero Jeffries se subiría por las paredes..., si es que no estaba ya en ellas después de lo ocurrido con los tratantes en blancas.

Allí, en la planta baja, no parecía haber nadie. Empujé la puerta, que chirrió horriblemente, como si de una película de horror se tratara, y penetré.

Sólo había la luz que se filtraba por los ventanales, pero era suficiente para hacerse una idea del lugar. Reinaba un abandono total. El polvo y las telarañas lo llenaban todo. Abundaban las cajas, cajas vacías que formaban una especie de curioso laberinto por el interior. También vi unas cuantas mesas y sillas desvencijadas. Un biombo chino todo él rayado, estropeado lastimosamente, una palangana oxidada y otras cosas más sin orden ni concierto.

De pronto, una voz que yo conocía muy bien surgió a mis espaldas:

—Hola, sabueso.

Me volví.

Era Clark, el jefe de Los Perros Rojos. Se había escondido tras una pila de cajas de cartón que todavía llevaban el membrete de «frágil». Ahora no exhibía la maldita cadena, sino una más maldita pistola.

Le sonreí sin ganas.

—Hola, sabueso —me saludó entonces otra voz.

Ahora sonó a mi derecha. En esta ocasión sólo giré la cabeza. Vi a otro de Los Perros Rojos, asomando por encima de un monumental baúl tras el cual debía hallarse agachado anteriormente. Estaba también armado con una pistola.

Fruncí el ceño.

—Hola, sabueso —escuché la tercera voz.

A mi izquierda, saliendo de detrás del biombo chino. Y con otra pistola, cómo no.

Bien. Me había metido en la boca del lobo como un tonto primerizo.

¿Cómo salir?

Miré de nuevo a Clark.

—¿Qué hace aquí, sabueso? —me preguntó, apuntándome a la cabeza con su pistola.

—Buscando el final del camino.

—¿Y lo ha encontrado?

—Casi.

—¿Qué le falta?

—Conocer el paradero de Laura.

Clark sonrió perversamente.

—Ella está aquí.

—¿Dónde?

—¡Ah! —exclamó, enigmático

—No estoy para adivinanzas.

—Eso es cierto.

—Entonces, ¿dónde está?

—No le interesa.

—Está bien —acepté de momento. Pero había que ganar tiempo. John Jeffries todavía tardaría, incluso tal vez se tomaría más tiempo tras el aviso de Sandra para ver si de una vez por todas terminaban conmigo—. Hay otras cosas que me interesan más.

—¿Sí?

—¿Cómo fue todo?

—Le pica la curiosidad, ¿eh, sabueso?

—Siempre me ha picado.

—¡Al diablo con él! —gritó el perro rojo que se encontraba a mi derecha.

—¡Démosle la ración que se ha ganado por entrometido! —chilló el otro.

—¡Callaos! —ordenó secamente Clark—. Mientras esté vivo, estará sufriendo, pensando en el final que se aproxima inexorablemente. Y yo quiero que sufra, por lo que nos hizo ayer. Con un muerto no se puede disfrutar.

—Eres un gran filósofo, Clark —comenté—. Dime, ¿cómo fue todo?

—Laura apareció inoportunamente por aquí cuando planeábamos el atraco y muerto de Tommy Carter. Ella venía con su problema: no sabía nada de su amiga Dorothy, que había acudido a buscar trabajo a un anuncio del periódico. Llevaba el recorte. Quería que la aconsejáramos y ayudáramos.

Se tomó un descanso. Yo estaba haciendo cálculos y todos eran pesimistas. Me encontraba bien atrapado. Un paso en falso y era hombre muerto.

—No le gustó lo que escuchó —continuó Clark— y no tuvimos más remedio que... convencerla —soltó una risita escalofriante—. Luego, cumplimos con el plan previsto y para complicar un poco más el crimen y sembrar el despiste, le colocamos ese recorte en la mano a Tommy Carter.

—Y más tarde aparecí yo —dije, para invitarle a seguir hablando.

—Sí.

—Un susto, ¿eh?

—Sí y no.

—¿Por qué el asalto?

—Teníamos que cumplir con nuestro papel de gamberros desheredados..., ¡y qué mejor que darle una paliza con las cadenas! ¿No?

—Pero en el fondo querías ayudarme.

—Claro. Sobre todo cuando empezó a preguntar por Laura. Bien,

usted mismo nos daba la oportunidad de empezar a enredar el asunto. Por ello le nombré a Dorothy, para que así ésta se cruzara en el asunto. Como sabía que no daría con ésta, le nombré también a Tommy Carter, que iba tras ella. Cuando se descubriera su cadáver y el anuncio en su mano, las investigaciones se desviarían hacia esa feria de muestras y sus azafatas...

—Todo un camelo.

—¿Cómo?

—Se trataba de una trampa para cazar jovencitas.

—No le entiendo.

—Trata de blancas.

—¡Uuuuh!

—Sorpresa, ¿eh?

—¡Vaya que sí!

—¿Sabes lo que te digo, Clark?

—¿Qué?

—A pesar de todo lo que me has contado, que quiere atisbar un poco de inteligencia, en el fondo no sois más que un trío de idiotas.

—¡Eh, sabueso!

—Un trío de mierdas —remaché.

—¿A qué viene eso, puerco detective?

—Estáis descubiertos.

—Por usted. Pero usted ya no cuenta. Es como si estuviera muerto.

—Hay más gente que sabe lo que habéis hecho. La ambición y vuestro poco seso os ha llevado a empezar a vender la heroína que le robasteis a Tommy Carter, en vez de aguardar a que las cosas se calmaran. Willis, el traficante que servía a Tommy Carter, y sus matones os andaban ya buscando. Yo me he adelantado a ellos. Por otro lado, la policía no tardará en aparecer por aquí

—¡Mentira! —chilló fuera de sí Clark.

—Ya lo veréis —reí.

—¡Mentira!

Ahora me limité a encoger los hombros.

—¡Acabemos con él! —sugirió el de mi derecha.

—¡Eso! —convino el de mi izquierda.

Era el momento. Desde luego, no había engañado a Clark. La policía iba a llegar de un momento a otro. Pero no me hacía

ninguna gracia que me encontraran convertido en un colador.

Y actué.

Aquellos melenudos gamberros asesinos ladrones tenían pocas artes, poca habilidad y poca experiencia. Eso tenía que aprovecharlo. Me dejé caer al suelo, cuando calculé que iban a apretar los gatillos, y rodé por él mientras un fuego cruzado barría el lugar donde yo me encontraba. Cuando me detuve bajo una mesa, sucio de polvo y envuelto en telarañas, ya empuñaba mi treinta y ocho.

Al primero que vi fue al del biombo chino. Había quedado justo cara a él. Mi bala le abrió un boquete en la frente y lo empujó hacia atrás, derribando el biombo chino con gran estrépito.

Un plomo silbó cerca de mi rostro, incrustándose sordamente en la madera de la mesa. Giré y disparé, todo a un tiempo. Otro perro rojo fue alcanzado por mis mortíferas balas y cayó aullando desde lo alto de unas cajas a las que se había subido con la intención de sorprenderme.

Me moví sigilosamente, buscando al tercero, a Clark, el jefe. Lo descubrí corriendo hacia la puerta de salida. Huía, asustado.

—¡Quieto! —le conminé.

Se revolvió disparando.

Hice fuego a mi vez y él se llevó la peor parte. Salió lanzado hacia atrás, reboto contra la puerta y, por fin, cayó de bruces.

No me preocupé de ellos porque conocía mi puntería. Bajé la mano armada, respiré hondo y luego pensé en Laura. La busqué por todo el local, removiendo los más recónditos rincones. Finalmente la encontré sumergida en un recipiente de cal viva.

Los perros estaban bien muertos.

FIN

**¡Una fabulosa selección de
los mejores relatos del viejo
y salvaje Oeste!**

BISONTE
Serie Roja

BISONTE
Serie Azul

**ASEGURE
SU
EJEMPLAR**

BUFALO
Serie Roja

BUFALO
Serie Azul

*las populares colecciones en
cada uno de cuyos volúmenes, los
más famosos autores del género
le ofrecen lo mejor de su larga
carrera de éxitos.*

CALIFORNIA

COLORADO

SALVAJE TEXAS

KANSAS

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS.